

R. 30827

7

DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1884 A 1885

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE GRANADA

POR

DON JUAN DE DIOS VICO Y BRABO

CATEDRÁTICO

DE LA

FACULTAD DE DERECHO

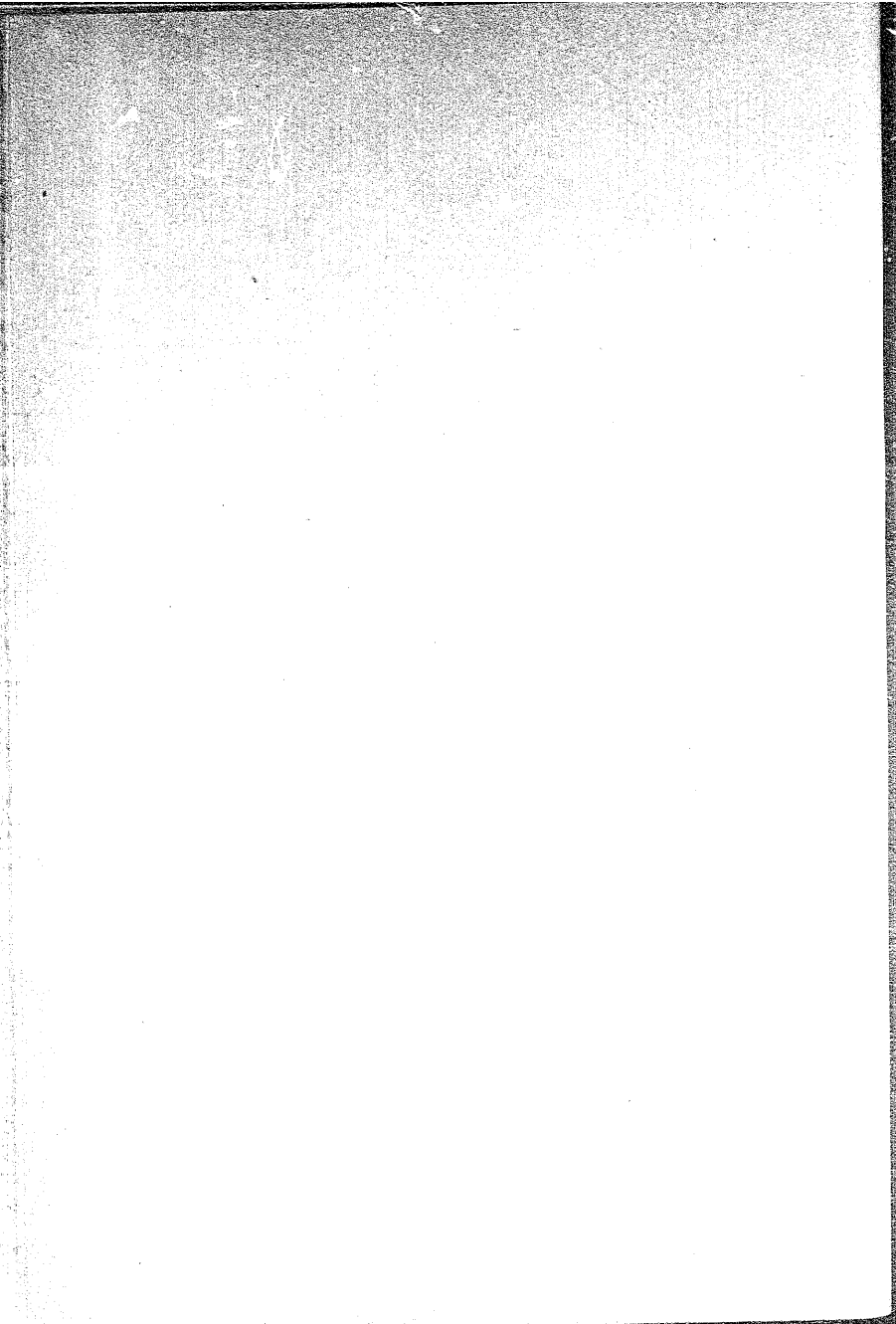


GRANADA

IMPRESA DE VENTURA SABATEL

1884

BIBLIOTECA UNIV. DE GRANADA	
GRANADA	
N.º Documento	246290
N.º Copia	246304



Excmo. é Hmo. Sr.

Señores:

EXISTEN armonías notorias entre el mundo material y el mundo moral, y lo mismo en el uno que en el otro, no puede menos de admirarse una sublime ley de unidad, que preside á todos los seres. Al débil resplandor de la aurora, que pone fin á las tinieblas de la noche, sucede el astro radiante, ante cuya presencia se disipan por completo las sombras, pueden apreciarse con claridad los objetos y se difunde por do quiera la luz, el calor y la vida. De la misma manera, la inteligencia humana, sumida en las tinieblas de la ignorancia, las mira romperse y desaparecer de un todo ante la influencia benéfica del sol refulgente de la verdad, que sustituyendo, cual astro bienhechor, los débiles resplandores de la aurora, que consecuencia de su carácter racional la venian iluminando, con sus brillantes fulgores lleva á todas partes la luz de los conocimientos, el calor del entusiasmo, la vida del espíritu. Y cuando consideramos que el Sol, y únicamente el Sol, disipa las tinieblas de la noche en el mundo material, y la ciencia y solo la ciencia, las sombras de la ignorancia en el mundo moral, no podemos menos de concluir, solo hay un Sol, solo una ciencia; la unidad, la ley de la unidad que preside á todos los seres.

La ley de la unidad, Excmo. é Hmo. Sr., la ley de la unidad, Señores; miradla cual brilla en el órden físico lo mismo que en el moral y el científico ó inteligible. Un solo centro tiene nuestro admirable sistema planetario, que moviéndose armónica y ordenadamente, nos trae las alternativas del descanso de la noche y de la actividad del día, los hielos del invierno, sueño de la naturaleza y la aromática primavera, vida de la pequeña yerbecilla que huella nuestra planta y del árbol gigante cuya

copa parece quiere llegar al cielo. De la misma manera el hombre, ora sea morador en las abrasadas comarcas del Sud, ora habite las frias regiones del Norte; lo mismo formando parte de las sociedades en la culta Europa, que haciendo vida salvaje entre los bosques vírgenes de la América; una encontraremos siempre ser la aspiracion de su voluntad, el bien, uno el deseo de su inteligencia, la verdad.

Ahora bien, si la lógica con sus inflexibles reglas, nos dice, no cabe orden sin ordenador, efecto sin causa, ley sin legislador, preciso es concluir en vista de todo lo expuesto, que esa unidad que vemos reflejarse en el orden físico, en el orden moral y en el orden intelectual, no es otra cosa sino hermosa consecuencia de ese gran principio de unidad divina que produce en todos y cada uno de ellos la armonía y la belleza que admiramos. De esta unidad suma, fuente y origen de toda unidad, la cual trasciende al mundo y á la razon, para alumbrarles respectivamente con el Sol y con la ciencia, es de lo que pretendo ocuparme en el presente discurso, que he trazado solo en cumplimiento de un deber, pues conozco hoy, más que nunca, la debilidad de mis fuerzas. Si no hace aun cuatro lustros que ocupaba un lugar en el modesto banco de los escolares de esta escuela, nada podré yo decir que interese á tan respetable claustro, donde cada uno de sus miembros es una eminencia científica y su conjunto la flor más preciosa de la corona de la ciencia española: nada podré indicar á esta juventud estudiosa, que ávida de saber, concurre á estas aulas, para estimularla en su noble empresa. Meditando sobre lo difícil de llenar mi cometido, he considerado que por lo ménos haré un bien á nuestros queridos alumnos, si consigo llevar á su ánimo la persuacion, el convencimiento íntimo, de que no existe rivalidad alguna entre la ciencia y la fe, al contrario, que procediendo ambas de la fuente purísima de la unidad, uno es Dios, una la Religion, una la Ciencia.

El siglo XIX, con razon llamado el siglo de los adelantos científicos, debe tambien llamarse el siglo de las negaciones. El grosero materialismo que corroe las sociedades actuales, ha engendrado el escepticismo en la Religion, el racionalismo en la ciencia, rompiendo violentamente la hermosa ley de la unidad: mirase la primera como un estorbo á la satisfaccion de los deseos materiales y la segunda como un medio de llegar á su completa realizacion, y yo pregunto. ¿si tras las frias brumas del invierno, no han de recrearnos las auras primaverales, para qué el Sol? ¿Si la vida de la inteligencia se extingue con la vida de la materia, si nada hay más allá de la tumba, para qué la ciencia? No. Dios, fuente eterna de toda unidad, ha criado un Sol que ilumine la tierra; este Sol, como dice un docto escritor, es único como Dios; todo cuanto existe de más rico y her-

moso, queda oscurecido y desaparece en su presencia, y alumbrándolo todo, obra por todas partes, lo anima todo y es siempre el mismo (1): de la misma manera ha dado al hombre, mediante la ciencia, un esplendoroso astro que iluminando su ignorancia, le haga ver el camino que debe recorrer para llegar directamente á su fin último, los medios mejores de conseguirlo, los obstáculos que debe vencer, los peligros que debe evitar, y este Sol del mundo moral, es único como Dios: la mal llamada ciencia que solo mira al bien transitorio, se oscurece ante su vista, y él lo alumbrá todo, obra por todas partes, lo anima todo y es siempre el mismo. Conocemos el Sol por los rayos de su luz que llegan hasta nosotros, le apreciamos por sus efectos: comprendemos la ciencia mediante los rayos de la luz de la fe, vemos sus efectos al desarrollarse ante nuestra inteligencia el horizonte sin límites del bien infinito real, la verdad esencial que constituye las aspiraciones de nuestra inteligencia y nuestra voluntad y cuyo camino para llegar á ellas, es la vida transitoria del mundo material.

Para desenvolver esta tesis, me propengo estudiar en primer término la unidad de Dios, descendiendo despues á examinar las trascendentales influencias de esta unidad, ya en el orden religioso, ya en el científico, viéndola en el uno y en el otro atraer al hombre á sí misma, por medio de la fe y de los vínculos de la religión: si en el último de los órdenes citados encontramos, que el hombre, mediante su actividad, se derrama por decirlo así en el mundo, haciendo de la ciencia una como diversidad ó variedad, también veremos la ciencia informando, perfeccionando y defendiendo esa ciencia, probándose que si bien son varios los canales, una sola es la fuente: si múltiples las ramas, uno solo el árbol que las sostiene y vivifica y entonces concluiremos con un sabio historiador contemporáneo, si bien alterando en parte su pensamiento: la ciencia sin Dios, es el pantano de una raza de hombres degenerados: el filósofo sin fe, es el sepulturero del vasto cementerio de las generaciones, sobre cuyos negros sepulcros no pasará la blanca imagen del ángel de la resurrección (2).

En suma, veremos en primer término la unidad de Dios, fuente de toda unidad: á continuación, la unidad en la fe, fuente de toda grandeza del hombre y por último, la unidad en la ciencia, fuente de todo progreso en la actividad humana.

(1) Genuo. Catecismo de perseverancia, T. 1, Cap. VII.

(2) Serrano. Of. curso preliminar á la Historia Universal.

I.

He dicho en otra parte y no me cansaré de repetirlo, que ni los más sencillos problemas de la ciencia, ni aun la mera aplicación de las artes mecánicas puede explicarla el hombre sin Dios; no lo primero, porque abandonado aquel á sí mismo no puede menos de incurrir en el absurdo; y no lo segundo, porque la falta de creencias concluye por convertir al obrero en rueda de la máquina que pone en movimiento. Por otra parte, y aun en la hipótesis absurda de poder salvar aquellos inconvenientes, de nada serviría la enseñanza de la historia, de la geografía, de las matemáticas, de la ciencia en fin en sus diversos ramos, si quedaban sin explicación las acciones humanas y cuáles son las que deben ejecutarse, dadas las diferentes relaciones del hombre en la sociedad... (1) No podía ser de otra manera: es la ciencia al orden moral, lo que el Sol al mundo físico, y de la propia suerte que no podemos concebir la existencia de éste, sin aquel centro de todo el sistema planetario, así también la primera no podría disipar las profundas tinieblas de nuestra inteligencia, si sus distintos rayos no partiesen de un solo centro, la verdad que constituye la unidad de la ciencia, como los distintos rayos de luz solar, provienen solo de un foco de luz. La verdad no puede ser más que una, como principio, esencia y centro de la ciencia, así cual el Sol no puede ser más que uno, atendidas sus condiciones y cualidades. Pero ni la una ni el otro tienen el carácter de unidades esenciales: sin negar la influencia del astro del día, hay que reconocer no se extiende ni absolutamente á todos los seres del mundo creado, ni menos aun á regular los actos del hombre racional; luego es una criatura finita, luego su unidad es tan solo trascendental: la verdad preside y encarna en la ciencia; pero la abstracción del orden moral que la constituye ni se concibe, ni se explica, ni es aceptable, sino en cuanto la consideramos reflejo de un principio eterno de unidad, teniendo por consiguiente que concluir en vista de este sencillo razonamiento que la reflexión sobre el mundo físico y el mundo moral, da á nuestra inteligencia el convencimiento perfectísimo de la existencia de Dios exclamando como hace diez y ocho siglos lo hacía el ilustre apologeta del cristianismo ante el trono de los Césares paganos: «el alma encerrada en

(1) Estudios elementales de Derecho político y administrativo español. I. v.º, T. III, Cap. I.

«esta prision de barro, embargada por una multitud de preocupaciones, «enervada por las pasiones y la concupiscencia y esclava de las falsas divinidades, cuando vuelve en sí, cual si saliera de la embriaguez ó de alguna enfermedad y recobra por un momento la salud, entonces proclama á Dios y lo invoca bajo el solo nombre que le conviene... Y cuando así se expresa, no mira al capitolio, sino al cielo, porque sabe muy bien que allí está el asiento de Dios vivo y que ella misma procede de allí (1).»

No voy á entrar en el desenvolvimiento de las pruebas de la existencia de Dios, ni á demostrar la absurdidad del ateismo, ora bajo el punto de vista filosófico de la necesidad de un ser Criador, ora bajo el histórico en el que encontraríamos el testimonio de todos los hombres, conformes con esta gran verdad, principio y fundamento de toda la ciencia; mas permítidme al menos, cite uno, uno solo, el del hombre más grande de nuestros tiempos como han querido llamarle los historiadores, Napoleon. Discurriendo un dia con uno de sus generales, en el Peñon de Santa Elena, destinado á servirle de sepulcro, acerca de la existencia de Dios, se expresaba de esta suerte: «el talento no puede verse, sin embargo creemos existe. Vemos el efecto, del efecto sabemos á la causa, la buscamos, la encontramos y creemos en ella... ¿Por qué razon en lo más récio de la pelea, cuando la victoria parecía indecisa, vos érais el primero en buscarme con los ojos?... Era el grito del instinto, y de la creencia general en mí y en mi talento. Pues bien, yo tambien tengo un instinto, una actitud, una creencia, un grito que se me escapa involuntariamente: reflexiono, contemplo la naturaleza y sus fenómenos, y digo *Dios*. Admiro, y exclamo. *Hay un Dios*. Mis victorias os hacen creer en mí; pues á mí el Universo me hace creer en Dios (2).»

Es, pues, indudable existe un Dios, fuente de unidad, unidad suma, que la vemos brillar en los órdenes moral y material, en la verdad principio y fundamento de la ciencia y en el Sol, centro del sistema planetario. Sin entrar tampoco en la investigacion filosófica de los demás atributos esenciales de la divinidad, lo cual me llevaria muy léjos del objeto que me he propuesto en el presente discurso; no hablaré de su *espiritualidad*, ni de su *inteligencia*, ni de la *libertad*, *eternidad*, *independencia*, *inmutabilidad* é *inmensidad* que la caracterizan, voy á ocuparme solo de la *unidad*, para que, en armonía con el plan propuesto, podamos ver esta unidad esencial en sus trascendentales influencias, ya en el orden religio-

(1) Tertuliano. Apolog. C. XXIII.

(2) Pensamiento de Napoleon acerca de Jesucristo, Pág. 75 y siguientes.

so, ya en el orden científico y por consiguiente la armonía que existe del uno para con el otro.

Siendo Dios *ente* absolutamente necesario, *sumo en perfeccion é infinito*, claro es, no puede ser sino *uno*, no con la *unidad afirmativa*, que sirve para distinguir y separar una existencia de otras iguales, sino como dice un eminente filósofo contemporáneo, honra del episcopado español, con la *unidad exclusiva* ó por negacion, en cuanto excluye la multiplicacion numérica de la esencia, ó sea su comunicacion á varios individuos (1). En efecto, si en él encontramos la perfeccion infinita, ésta no podría existir, habiendo otro ser igual á él, porque siempre, aun dada esta igualdad, le sería superior en perfeccion aquel que ya no pudiera compararse con otro. La relacion excluye superioridad y mucho más la *infinitud*. Por otra parte, la existencia de dos ó más dioses, traeria consigo contradiccion, y en ninguno de los dos órdenes, material y moral, encontraríamos la armonía resultiva de la unidad. Siguiendo la comparacion antes expuesta, el Sol, uno, que vemos iluminar al mundo físico; la verdad, una, que encontramos disipando las tinieblas del orden moral, no podrían realizar estos fines si dejaran de tener la expresada cualidad. Admitamos por un momento la existencia de dos soles; ó eran iguales en sí y en sus efectos, ó distintos en lo uno y en lo otro: si lo primero, no podríamos admitir su existencia sin aceptar la de una unidad superior, realizadora de ella en la variedad dual de ambos astros, que no se concibe fuerzas iguales procedentes de distintos focos, dando los mismos resultados, sin un motor ó regulador que los encamine á su fin: porque donde hay pluralidad hay diferencia: si lo segundo, el uno había de ser superior al otro, ó por lo menos y relativamente, los efectos de un Sol no serian producto de los de su compañero; y al contrario y entonces tendríamos por necesidad un trastorno ó desórden en las leyes que rigen el sistema planetario, segun la más ó menos preponderancia ó influencia del centro vário que lo rigiera. Del mismo modo en el orden moral: si mediante una abstraccion aceptamos puedan existir dos verdades, ó son contradictorias entre sí, ó no; si lo primero, las deducciones que lógicamente pudieran hacerse de la una serían destruidas por la otra, y en este caso, aquella dejaría de ser verdad, restabeciéndose la ley de la unidad en la segunda; y si lo segundo, no serán dos verdades sino una sola, siquiera la una sea confirmacion ó deduccion de la anterior. Y no es esto solo, si la *unidad* no existe en Dios como atributo esencial, si hay dos ó más, como aconteceria con el Sol ó con la verdad, ó los unos dioses dependian de otros

(1) Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fray Ceferino Guanzález, Arzobispo de Sevilla. Filosofía elemental, Libro VI, Cap. III, Art. 1.º

como constituidores de la ley de unidad física y moral del Universo, ó no, siendo independientes entre sí. En el primer caso, el dios dependiente dejaba de ser Dios, por cuanto le faltaban sus caracteres de perfeccion é independéncia; en el segundo, no lo era ninguno de ellos, por cuanto existían seres no dependientes de él y por tanto no eran supremos, ni infinitos, ni contenían todas las perfecciones. Luego concluiremos con el ilustre filósofo: afirmar que no hay unidad en Dios, «que existen dos ó más dioses, es lo mismo que afirmar que el uno tiene algo real, que no tiene el otro, y por consiguiente que es más real y perfecto que el otro y que á este otro le falta alguna perfeccion. Luego Dios como ser absolutamente perfecto, excluye toda distincion y pluralidad individual, pues como dice Santo Tomás, *si nulli eorum deest aliqua perfectio, nec aliqua imperfectio ei admixta, quod requiritur ad hoc: quod aliquid sit simpliciter perfectum, non erit in quo ab invicem distinguantur* (1).

Si, en Dios existe la unidad como en su principio, viéndola reflejarse en los distintos efectos que constituyen el orden armónico de la creacion física y en las diversas manifestaciones de la actividad intelectual. Cuando en la tranquila y apacible noche contemplamos al planeta que la preside reflejar su imagen en las transparentes aguas de un lago, no vemos, sin incurrir en el absurdo, que hay una luna sobre nuestra cabeza, y otra que descansa entre las ondas extendidas á nuestros piés: vemos en ese fenómeno el cumplimiento de una ley física, que relacionada con otra y otras constituyen la unidad armónica del mundo visible; cuando reflexionando en silencio ayudados de la calma de nuestro espíritu, encontremos una verdad fundamental de una de las partes de la ciencia, y otra distinta en otro ramo del saber humano, no diremos tampoco existen verdades diversas esenciales en sí, sino una sola que reviste diversos caracteres al reflejarse por nuestra inteligencia, que por decirlo así, reproduce y devuelve la imagen del astro de la ciencia, dentro de la ley de unidad que caracteriza á la verdad que ésta constituye; y como solo Dios es el principio, la causa, el criador en fin, solo un Dios ha podido dar esa unidad al orden físico y al moral, al mundo de los sentidos y á las investigaciones científicas del intelectivo. Y si aun queremos más pruebas de esta unidad de Dios, dejemos el árido campo del raciocinio filosófico, penetremos en el ameno de los hechos, y la historia á quien pertenece y quien lo custodia nos demostrará hasta la evidencia el principio, de la misma manera que lo ha hecho la razon. Pero ante todo fijemos con la posible claridad el concepto de la ciencia: si hasta aqui hemos visto la uni-

(1) Sum. Cont. Genl., libro I, cap. 12.

dad residir en Dios como uno de sus atributos esenciales, ahora vamos á ver cual se refleja en los conocimientos humanos, y la luz no puede apreciarse sin tener antes conocimiento pr6vio de ella. Pues bien, la ciencia no es otra cosa que la serie de conocimientos que el hombre adquiere mediante su razon, acerca de Dios, de sí mismo y del mundo fisico en que vive ó está. La ciencia, por consiguiente, viene de Dios: la verdad, que es su base y su esencia, está demostrando en su misma unidad el divino origen de donde procede. El hombre no ha inventado ni puede inventar la ciencia, como no ha criado ni puede criar la luz: propiamente hablando, la razon humana no inventa; investiguemos uno por uno todos los descubrimientos humanos y encontraremos: que aun aquellos que constituyen la gloria del siglo en que se hicieron: el fuego destructor aprisionado á voluntad del hombre con la pólvora; el pensamiento sujeto á signos materiales con la imprenta; extinguidas las distancias con el vapor; Colon descubriendo un nuevo mundo; Galileo marcando el movimiento de la tierra, todos y cada uno de estos descubrimientos, no son, rigurosamente hablando, inventos nuevos, sino deducciones de la aplicacion y combinacion de ideas antes adquiridas sobre hechos que por la esencia de su naturaleza son accesibles á la inteligencia: la razon humana, por consiguiente, no hace sino dar los medios de utilizar la verdad de la ciencia, luz vivísima destinada por Dios á disipar las tinieblas de la ignorancia, aplicándola á diversos fines, de la misma manera que la potencia visual no hace otra cosa sino aprovecharse de la luz del día para distintas aplicaciones á objetos. Si un hombre privado de la vista recobrara en un momento el órgano de la vision, deslumbrado al contemplar las maravillas que ante él se presentaban, preguntaria con interés cada vez más crecientemente, por la luz y sus propiedades, los objetos, su forma y aplicacion: de este hombre no podria decirse, sin incurrir en el mayor de los absurdos, que habia inventado la luz y la tierra, los mares y las plantas iluminados por aquella, sino que mediante su posibilidad de ver, utilizaba todas y cada una de las indicadas criaturas á los fines á que se hallaban destinadas por el Supremo Criador de los cielos y de la tierra. Pues bien, cuando el hombre, tras los primeros años de su venida al mundo, abre los ojos de la razon, es el ciego que recobra la vista en un momento dado y formula tres preguntas á las que solo la ciencia puede contestar y que al mismo tiempo condensan, por decirlo así, la ciencia toda ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿á dónde voy? Preguntas á las que solo puede contestar Dios, autor de la ciencia, dando con sus respuestas el poderoso fundamento para todo desarrollo científico ó intelectual: si por el contrario, el hombre desoye la voz de la ciencia que refleja la unidad del Eterno, si

pretende por sí solo investigar y resolver la solución de todos los problemas, encuentra la variedad y la confusión que le llevan al abismo, porque es el ciego que al recobrar la vista se le engaña diciéndole, que la luz resplandeciente que le enajena, matará de nuevo su potencia visual y que solo debe abrir sus ojos durante las tinieblas de la noche; que las aguas sirven para caminar sobre ellas y que puede recorrer los espacios cual las aves, arrojándose, sin temor alguno, desde la cúpula de la más elevada torre.

Es necesario en primer término conocer las verdades del orden religioso; cuando la inteligencia las desconoce, cuando pierde de vista el Dios uno de quien procede y á donde deben encaminarse sus pasos, es el navegante que perdida la brújula y roto el timón, mirase juguete de los vientos y las ondas, contemplando con el pavor de su espíritu y la amargura de su corazón, cual se sumerge poco á poco en el negro abismo abierto bajo sus plantas y donde no ha de tardar en encontrar la muerte. Pues bien, el conocimiento de esas verdades nos lo dá la ciencia *Teológica*, primera é importante rama de las dos en que podemos dividir el gran árbol de la ciencia. Empero si aquella demuestra claramente al ser racional, de dónde viene, á dónde vá y por dónde debe ir, para recorrer el camino que más directamente conduce á su fin último, como aquel no se encuentra en el universo físico, solo, aislado, con absoluta separación de los demás hombres sus semejantes, sino en sociedad con ellos, en la familia y en el Estado ó Nación de que ésta forma parte, de aquí el que de nuevo la inteligencia vuelva á formularse las tres antes indicadas preguntas, reducidas á espacio más concreto; es decir, pretende investigar las relaciones que se tienen con los demás seres sus semejantes, los deberes que haya de cumplir como consecuencia de aquellos vínculos, el mundo exterior y el uso que pueda o haya de hacer del mismo y de los demás seres criados que le pueblan. Este segundo problema de la vida del hombre se haya resuelto por la ciencia filosófica. Cuando la *Teología* ostenta en su carácter de verdad la unidad demostrativa de su origen, la *Filosofía*, partiendo también, como es consiguiente, de la verdad, enseñarán de común acuerdo al hombre, disipando las tinieblas de su inteligencia y haciéndole ver con luz más esplendente que la del sol al mediodía, cuál es su origen, cuál su fin y cuáles los medios de conseguirlo, porque entonces la ciencia será una, como uno es Dios, de quien proviene, y que posee la unidad, como uno de sus esenciales atributos; por el contrario, si la *ciencia religiosa* es producto de la acalorada mente humana, ella y la *Filosofía* se caracterizarán por una múltiple variedad, que léjos de enseñar, engañarán, cual se engaña el marino que confunde el siniestro resplandor del incendio lejano, con el faro que ha de indicarle la proximidad

del puerto, y como él, irá la triste nave de la inteligencia humana á embarracar en las áridas playas de la mentira, en vez de llegar felizmente al apacible y tranquilo puerto de la verdad y el bien. Entremos ya en demostracion de ello en el campo de la historia y al empezar nuestra excursion encontramos en primer término, que Dios revela al hombre en los tiempos primitivos las verdades necesarias para constituir las ciencias *teológica* y *filosófica*, mediante las que puede, con la ilustracion de su espíritu, vivir tranquilo y feliz. Estas verdades trasmitidas de generacion en generacion, constituyen la verdad científica en los tiempos primitivos, mas la debilidad, compañera inseparable del hombre, hace que poco á poco se vaya debilitando, hasta quedar convertida en un pequeño recuerdo sobre el que la razon humana construye una *Teologia* cuyo carácter es la variedad y que á su vez produce, como necesaria consecuencia, una *Filosofia* que hace de los crímenes virtudes y dioses de los criminales. La *demonolatría* ó adoracion y culto de los malos génius, la *antropolatría*, ó de los hombres y héroes, el *sabeismo*, culto de los astros, la *zoolatría*, de los animales, el *fetiquismo* de los montes y rios y la *idolatría*, en fin, mediante la que se adoran las estatuas suponiéndolas virtud divina, son otros tantos testimonios irrecusables de la falta de unidad y por tanto de la falsedad de las ciencias *teológicas* del paganismo. En cuanto á los efectos de su *Filosofia*, vamos á estudiarles comparativamente, y cuando hayamos adquirido la evidencia de que en la antigüedad, el pueblo judío, que Dios permitió no perdiera la verdad primitiva y cuya ciencia por tanto era una; fué más feliz que todas las naciones paganas; entonces no podremos menos de concluir, que la ciencia necesariamente ha de ser una, para que entrañe la verdad, porque es uno Dios, de quien aquella emana, como manantial purísimo de toda verdad al mismo tiempo que de toda ciencia.

¡Más feliz el pueblo judío, que todas las naciones paganas! Contra esta afirmacion que acabo de hacer, miro oponerse la negativa de los escépticos, y la sonrisa del desprecio de los racionalistas, que son los escépticos del orden científico: los unos y los otros, pretendiendo sostener lo contrario, argüirán con las Pirámides de Egipto y los amenos pensiles de Babilonia; con los arcos triunfales de Roma y con los anfiteatros y los templos, los termas y las estatuas, brillantes manifestaciones del mundo pagano; concluyendo de aquí era cien y cien veces éste más considerable, rico, poderoso y por consiguiente feliz, que el pueblo judío. Mas reflexionemos sin pasion, investiguemos el sentido de la palabra felicidad y encontraremos, no está en la riqueza, el poderío, ni la grandeza y por consiguiente no pudo poseerla la ciencia varia del politeísmo.

Hay en la vida del hombre un sentimiento puro y delicado, semejante al aroma de las flores, al resplandor de los astros, á las cristalinas y transparentes aguas del arroyuelo que fertiliza las campiñas; como cada uno de estos, ese sentimiento ilumina los horizontes de la vida, embalsama la existencia purificándola de los étidos miasmas de las pasiones, refrigera en fin al corazón, que fatigado de las luchas de la vida, busca descanso en la sombra del árbol de la virtud. Ese sentimiento es el amor: quita al Sol sus resplandores y tendremos la melancolía del invierno nebuloso: suprimid el perfume de las flores y quedarán solo yerbas despreciables; enturbiad las aguas del arroyo y la vista se apartará de ellas con repugnancia y tedio: pues de la misma suerte, extinguido en el hombre el dulce sentimiento del amor, la fuerza sustituirá en breve el vínculo suave que debe ligar á los unos con los otros seres racionales; y en la Religión y en la familia, en la sociedad como para el individuo, no habrá mas que una ley, la del más fuerte; no más que una última y poderosa razón, la tiranía del superior contra el inferior; ora representada aquella en uno contra muchos, ora de todos que cual fieras se devorarán entre sí. El hombre, la sociedad, regida por la ley del amor, encuentra la dulce y apacible calma, que contrasta con el continuo batallar de las miserias de la vida, demostrando con su tranquilidad, recorre el camino que directamente conduce á su fin, iluminada por la luz de la ciencia una, que proviene de Dios; al contrario, los pueblos á quienes la fuerza preside prueban con su continuo malestar, expresado en alteraciones consecutivas, que recorre las vías de perdición iluminada por el siniestro resplandor de las ennegrecidas teas de la falsedad varia. Tuvo el mundo pagano manifestaciones gigantes de grandeza y poderío: mas pasaron los tiempos: hoy ya los jardines de Babilonia están cubiertos con el ardiente polvo del desierto: apenas el hijo de Agar, que conduce sus camellos, dirige una mirada desdenosa sobre la pirámide, y la verdad simbolizada en la cruz del cristianismo, alzándose gallarda sobre los palacios y los termas, los templos y los anfiteatros de la Roma pagana, lanza el anatema sobre aquellos pueblos que en su grandeza y poderío materiales, solo supieron preparar para los seres más débiles, como la mujer, el hijo y el desgraciado, las negras masmorras de la abyección y de la servidumbre.

Las naciones paganas fueron, sin duda, más ricas y poderosas que la judía, pero no más felices, porque tuvieron menos moralidad en sus costumbres, menos justicia en su legislación: al contrario, esta fué más religiosa é ilustrada porque aceptó la ciencia una que proviene de Dios. Esto se comprueba examinando entre sí la *Teclogía* y la *Filosofía* del pueblo judío y la de los demás, sumidos en las sombras de la falsedad del paganismo.

Los judíos en el orden religioso fueron muy superiores á las demás naciones, y en términos, que como dice un escritor antes citado: «esta superioridad, nunca fué objeto de dificultad alguna, pues que todo lo bueno y verdadero que había en el paganismo, no era más que un débil vestigio de la revelacion, cuya plenitud poseían los judíos (1). No podía ser de otra manera mediante su templo y su altar; tenían una señal sensible de la unidad de Dios y con ella, aparte de lo que en su religion constituian los ritos simbólicos destinados á preparar, haciendo esperar el gran reinado de la verdad, tendíanse á unir en un solo espíritu, en un solo corazon, á todos los hombres, que ligados de esta suerte con los vínculos dulcísimos del amor, amaban á Dios, sabiendo provenian de Él y esperando ir á Él, mediante el camino de la virtud y la justicia que habían de recorrer. Consecuencia de estas verdades del orden religioso, su ciencia filosófica, estableciendo la armonia en la familia y en la Nacion, no podía menos de responder á su objeto, lo mismo en el orden público que en el privado.

Las familias, pequeñas sociedades, necesitan como los grandes estados, un poder ó gobierno, que por decirlo así, constituya la unidad en la variedad, dando direccion á todos y encaminándolos al mismo fin; dicha necesidad se satisface mediante la autoridad paternal, que viva encarnacion de la ley del amor, ha de reunir en sí las dos cualidades de cariño y cuidado, en términos de ser este consecuencia de aquel, pues de no ser así, proviniendo las medidas paternales encaminadas á la conservacion y direccion de los hijos, de la fuerza, tendremos la fiera que amamanta sus cachorros en la caverna, abandonándoles cuando ya no necesitan sus cuidados y aun luchando con ellos entonces para disputar la presa; pero no al padre que atiende á la conservacion de sus hijos al paso que les enseña la verdadera ciencia que proviene de Dios y es por consiguiente una como la verdad. De aqui el por qué los judíos que la poseían, no daban á los padres el derecho de vender, exponer á sus hijos y aun privarles de la vida, que tenían los paganos, sino que revistiéndoles de autoridad sabia, firme y bien ordenada, evitaban los males que en los Estados produce la disminucion ó falta del poder paternal; la educacion era considerada como el primero, más importante al par que más grato de los deberes impuestos al hombre, y formando el cuerpo mediante ejercicios bien ordenados y desarrollando el espíritu de sus hijos con una sólida instruccion; la Nacion judaica pudo contar con ciudadanos que fueron la honra de su patria, á diferencia de los súbditos de los pueblos sepultados en las tinieblas de

1) Gautier. Catecismo de perseverancia. T. II, Cap. 58.

la falsedad varia, que ó semejaban fieras por su fuerza bruta, ó despreciables seres consumidos por afeminados placeres. Seguíase de aquí, como lógica consecuencia, la superioridad también de la indicada Nación en el orden público. El conjunto de doctrina legal que compone el Derecho judaico y que se halla en los libros de Moisés, no solo mira á la conservacion y pureza de la Religion y con ella á mantener viva la luz de la ciencia, sino á establecer las costumbres públicas, en términos que reinando por do quiera el orden y la armonia, den como resultado la paz y la felicidad. Proscritos se hallan, en las indicadas leyes, aquellos vicios que más directamente enervan las fuerzas del hombre, degradando su dignidad racional: claros y determinados aparecen los derechos y los deberes del padre con los hijos, del señor con sus súbditos, de los asociados todos entre sí; y en lo respectivo á la organizacion y fundamento de la propiedad, sin que por esto se entienda quiera sostener la conveniencia de verla constituida como entonces, dadas las condiciones especiales de aquella sociedad, es indudable, que el dominio se hallaba organizado en tales términos, que era muy difícil, si no imposible, que ninguno se arruinara, ni menos se enriqueciera en perjuicio de otro. Mas no extraño que el hombre débil encuentre proteccion contra el fuerte, en las leyes del pueblo judaico: si ellas llegaban hasta defender al animal inofensivo del abuso que pretendiera hacer la criatura racional, como vemos terminantemente en el capítulo del libro santo, que sin temor de equivocarnos, aseguraremos contiene las mejores garantías que pueden apetecerse para la guarda y custodia de los intereses de la sociedad (1).

Apartemos ahora la vista del brillante cuadro de orden, prosperidad y bienandanza que nos ofrece el pueblo judío y al fijarnos en las sociedades paganas, hemos de experimentar un sentimiento de repulsion, que allí no encontraremos orden moral, paz y armonia que son los resultados de la verdad, sino la fuerza, el odio y las discusiones, caracteres esenciales de la falsedad por donde quiera que se la considere.

En el orden religioso, reinaba en las naciones idólatras la mayor y más monstruosa confusion. Pasaron los grandes imperios de los babilonios, persas, medos y griegos, para dar lugar al de los romanos, y todas y cada una de estas diversas naciones, al dejar su puesto á la soberbia Roma, pusieron también á sus plantas sus divinidades, que aceptadas por aquella, convirtieron el mundo entonces conocido y al que se extendia su dominacion, en un grandísimo templo de ídolos. El Sol, la Luna, la Tierra, el agua, el fuego, los cuadrúpedos y los reptiles, las plantas y los mine-

1. Doctrinário, cap. XVII, vers. 4 y 7.

rales y hasta las acciones más vergonzosas, los crímenes más repugnantes fueron personificados por la Mitología y encontraron un lugar en el Olimpo. Consecuencia de ello era hacerse general la corrupcion, y con efecto, cuanto de más corruptor, inmoral y repugnante puede imaginarse, consagró Roma en honor de los dioses, y resentidos el individuo y la sociedad á causa de este fatal desquiciamiento, cada cual se proclamaba dueño absoluto de sus acciones, un casi Dios sobre la tierra, que pod' á su antojo llevar á cabo todo cuanto creyera conveniente y aceptable al logro de sus intentos, no vacilando en los medios, con tal de conseguir los fines. Una sola palabra constituía la síntesis del poder en el orden público y en el privado, tiranía; una sola era la lógica consecuencia de ella, esclavitud. Los poderes miraban á sus súbditos como esclavos, que sentian sobre si las férreas cadenas del más duro despotismo: existía omnímodo derecho de vida y muerte sobre los prisioneros de guerra, y en una palabra, el gobierno y los ciudadanos, entre quienes debe existir el respeto y la confianza mútua, como entidad moral, persona jurídica que realiza un mismo fin con iguales medios: era una confusa reunion de seres degradados, unidos entre si con vínculos de fuerza, de entre los cuales, el que más poderoso ó más astuto, conseguía dominar los demás, aceptaba el poder sapienter, para hacer de sus súbditos medios ó instrumentos de satisfacer sus más brutales instintos.

Y qué diremos de la familia: la mujer entraba en la potestad del marido, como si fuese un prédio ó un animal de carga, mediante la venta, y del propio modo que la propiedad fructifica para su dueño, así todas las cosas de la mujer pertenecian al marido, cuyo extensísimo derecho de propiedad, llegaba hasta poder privarla de la vida. De la pérdida de los derechos sociales, á la de la moralidad, solo hay un paso: vióse envilecida la mujer y de corrompida se convirtió bien pronto en corruptora, y «aprovechándose de la misma facilidad con que las leyes concedian el divorcio, parecía la llevaba la idea de vengarse del hombre, devolviéndole el oprobio y la irrisión á cambio de la tiranía doméstica que él ejercitaba, siendo, en vez de esposa, hija ó madre, el objeto más malvado y asqueroso de toda la tierra» (1). Con tal estado de cosas, fácil es de concluir, no podia responder á su objeto la familia, base de la sociedad. Faltaba en ella, lo que ostentaba, como hemos visto, el pueblo judío, una ciencia, emanación directa de la verdad única, que señala el camino de los hombres y de las instituciones. Ciencia que enseña los requisitos indispensables para que la sociedad doméstica sea el asilo de la ventura, el manantial

(1) Gaume. Historia de la Sociedad doméstica.

fecundo de la virtud, el santo amor que purifica, la unidad é indisolubilidad que ligan entre sí los corazones, la reciprocidad entre el derecho y el deber, que trae consigo el apoyo mútuo. El padre, en la sociedad pagana, ya lo hemos visto, era un déspota, que semejante al poder público para con sus súbditos, no tenía otras relaciones con los suyos, los hijos, que las producidas por el sensualismo ó el interés; tenía el derecho de matarlos hasta dentro del seno materno ó venderlos como esclavos; la esposa no podía esperar de su marido otra cosa que celos, desconfianza y discordia, y en lugar de los tiernos y nobles sentimientos que brotan en el seno de la familia inundando de dicha el corazón de los padres, que contemplan la primera sonrisa del hijo, con frecuencia éste le era arrebatado á la madre, aun antes de que pudiera darle el primer beso del amor maternal, quedando privada de esos bienes, que forman la dicha de la esposa, el respeto filial y la confianza de sus hijos, porque sabiendo éstos que su madre era una esclava, que ignominiosamente podía ser arrojada del hogar doméstico, en manera alguna podían amarla, ni respetarla. Es verdad que existieron sábios y filósofos en todos los diversos pueblos dominados por el paganismo, pero eran impotentes para arrancar los errores que dominaban por todas partes, y ellos mismos, cómplices de esos errores y de sus consecuencias, aun en las obras de los más renombrados, no dejan de encontrarse máximas que la razón y el buen sentido no pueden menos de rechazar.

No cabe sea de otra manera el hombre, antes queda dicho, no puede inventar la ciencia, como tampoco puede crear la luz; ambas provienen de Dios criador supremo y fuente de verdad que ilumina la inteligencia racional. Cuando ésta cierra sus ojos á aquella purísima luz y pretende sustituirla con solo el auxilio de su razón, crea la falsedad con sus caracteres de variedad; y sin embargo, de la misma manera que la luz del Sol no puede oscurecerse y aunque negras nubes la encubran por un momento, á través de ellas llegan hasta nosotros pálidos rayos: así también la falsedad, nube de la verdad, no puede extinguir ni ocultar siquiera por completo á ésta y en esas mismas obras de los más ilustres filósofos del paganismo, encontramos á través de las sombras que las constituyen, débiles resplandores de esa misma verdad olvidada por los pueblos y que en vano buscaban caminando de error en error. Homenaje rendido por la falsa ciencia de Confucio, Platon y Ciceron, á aquella que es verdadera, porque es una, porque se basa en Dios, de quien la unidad es atributo esencial. Vamos á probarlo, y esta última demostración histórica pondrá fin á este primer aspecto bajo el cual consideramos la tesis que venimos desarrollando.

Confucio en el siglo VI escribiendo los libros sagrados que constituyen la Religión en China, habla de un Señor, soberanamente inteligente y misericordioso que perdona los arrepentidos, escucha los clamores de los hombres y depone los malos reyes. Un rey, añade, debe cuidar con respeto de los pueblos, porque todos son hijos del cielo, del cual proceden las leyes y ha establecido la distinción de los deberes, de los estados, de las ceremonias, de los vestidos y de los suplicios. No hay cargo público que no sea comision del cielo (1). Más tarde, lo mismo él que sus discípulos, formulan la esperanza de la venida de un santo, que llevando la ley á la perfeccion, extendería su reinado sobre todo el Universo. ¡Cuán grande es, exclama, el camino del santo! Como el Océano produce y conserva todas las cosas, su sublimidad toca en el cielo (2). Sin el lenguaje figurado de los orientales, pero condensando los mismos pensamientos, Platon, el más aventajado discípulo de Sócrates, nos dice en sus *tratados de sociedad política y de las leyes*, que no es un hombre sino Dios, el que puede fundar una legislación. En su consecuencia continúa, el legislador humano debe prescribir á todos el precepto de subordinar las cosas humanas á las divinas y éstas á la inteligencia soberana. Jamás el hombre ha hecho propiamente leyes; las hace el destino, las circunstancias, ó mejor dicho, Dios, que gobernando el Universo todo, gobierna en particular todas las cosas humanas por las circunstancias ó el destino (3). Las disposiciones de los hombres, dice en otra parte, no tienen fuerza de obligar á la virtud y apartar del vicio. Esta fuerza, más antigua que las naciones y ciudades, es debida á la sabiduría misma de Dios, que sostiene y rige el cielo y la tierra (4). Por último, al fin de su república, nos presenta el filósofo pagano al alma saliendo del cuerpo para ser juzgada: el Tribunal dicta sentencia, los justos suben á lo más alto del cielo, los malos caen en insondables abismos, donde padecen espantosos suplicios sin poder salir (5). Y si de Grecia, finalmente, pasamos á Roma, hallaremos á Ciceron escribiendo poco antes de la venida de Jesucristo, que la ley verdadera es la recta razon conforme á naturaleza, ley constante y eterna, que llama al deber por sus mandatos, que aparta del mal por sus prohibiciones, y ya que mande, ya que prohíba, es siempre escuchada por las gentes de bien y despreciada por los malvados. Imposible de sustituir, no cabe tampoco derogar, ni abrogar esta ley. La misma para todos: los pueblos y para todos los tiempos: Dios será solo el maestro comun y soberano

(1) Cho-King; págs. 275 y 278.
(2) Moral de Confucio, pag. 196.
(3) *Fact. edit. Dipont.*, t. VIII.
(4) De Legib., lib. II.
(5) De Republica, tomo VII, lib. 10.

monarca de todos; quien rehuse obedecerle, huirá de sí mismo, y renunciando la naturaleza humana, sufrirá grandes castigos cuando saliere de esto que se llama martirio acá en la tierra (1). Al considerar, pues, los tres principales filósofos de la antigüedad, separados por los tiempos, las distancias y los lugares, convenir sin embargo en la idea de un Dios, como legislador supremo, de una ley emanada del mismo y de un premio ó castigo reservado en la vida futura á los que la observen ó la quebranten, no podremos menos de deducir, es imposible explicar la ciencia sin Dios, que la ciencia es una, como uno Dios, de quien emana.

En efecto, la razon nos ha demostrado de un modo evidente á la unidad residiendo en Dios, como su atributo esencial, y la historia, de acuerdo con aquella, nos ha puesto á su vez de manifiesto la felicidad ó infelicidad respectiva de las naciones, que caminaron ó no á su fin, alumbradas por la luz de la ciencia que descansa en la unidad de Dios. Conocemos ya, pues, la resplandeciente antorcha destinada á iluminar las sombrías regiones de nuestra ignorancia, pero es indispensable lleguen hasta nosotros sus fulgores: no basta exista el sol para que el mundo se ilumine, es preciso lleguen hasta él sus refulgentes rayos: no basta exista la ciencia, es indispensable comprenderla, abrazarla; pues bien, esto lo conseguimos mediante la religion, vínculo misterioso, cadena constituida con eslabones de oro purísimo, que liga el Supremo Criador con sus criaturas: vamos, pues, á demostrar cómo comprendemos la ciencia, mediante los rayos de la luz de la Fe, y al examinar las trascendentales influencias de la unidad de Dios en el orden religioso, y encontrar allí la fuente de toda grandeza del hombre, concluiremos, que si uno es Dios, una es tambien la Religion.

II.

La vida, en cualquiera de sus manifestaciones, necesita para subsistir el concurso de agentes extraños á la criatura. Ninguno puede dar lo que en sí no tiene y careciendo los seres vivos en sí, de medios con que atender á su existencia, claro es no pueden dárselos á sí mismos y necesitan buscarlos al exterior. Extiende la yerba de los prados sus delgadas raíces por el interior de las profundidades de la tierra en busca de los jugos alimenticios que han de convertirse en su sustancia, mientras abre sus hojas en

el exterior, para recibir el aire, el calor y la luz, sin cuyo concurso le sobreviene la languidez y la muerte. Surcan las avecillas el aire formando caprichosos giros en todas direcciones, á fin de apoderarse de los insectos que constituyen su alimento, y el hombre, á pesar de su noble y elevada condicion de rey de la naturaleza creada, no está dispensado de aquella necesidad y en las dos vidas que le caracterizan, la moral y la material, en armonia con los dos elementos que componen su naturaleza, ha de buscar fuera de sí los medios de conservarlas y desarrollarlas, si no quiere sucumbir como la yerba y el ave si llegaran á faltarles jugo, aire, sol é insectos.

Encuentra mediante su razon, en el mundo visible, y en las demás criaturas criadas los medios de atender á su conservacion material; si llega á carecer de ellos, la muerte romperá en breve el hilo de su existencia; y de la misma manera halla en la verdad el alimento que su espíritu apetece, y si por desgracia alguna vez no está en posesion de ella, la ignorancia productora de la muerte del espíritu, no tardará en dejar sentir sus funestas influencias, produciendo la total corrupcion del orden moral. La verdad cuyo conjunto forma la ciencia, es pues lo que constituye el alimento del ser espiritual, de donde proviene la aspiracion hácia ella de nuestra inteligencia, condensada en las tres preguntas que el hombre se dirige cuando aquella facultad da principio á sus funciones, cuya respuesta, como anteriormente hemos visto, sintetiza el conjunto de toda la ciencia.

Ahora bien, si como antes tambien se ha demostrado, el carácter de la verdad no puede menos de ser el de la unidad; si el hombre no puede inventar, propiamente hablando, la ciencia; si la luz de la razon nos ha enseñado, que esta proviene de Dios, fuente de toda sabiduría, y cuyo carácter esencial es la unidad; y la historia, de acuerdo con aquella, nos ha puesto, á su vez, de manifiesto, la felicidad ó infelicidad de los pueblos, que segun aceptaron ó no la unidad de Dios, vieron iluminadas sus inteligencias con la verdadera luz, ó se encontraron sumidos en la mayor ignorancia y en la más profunda abyeccion: es indudable, podremos concluir, que si tan necesaria es al hombre la ciencia, como el alimento material á su cuerpo, es indispensable que Dios se la trasmita, para que pueda vivir en el orden moral, en armonía con los altos destinos para que ha sido criado. No podía ser de otra manera, ó aceptamos la existencia de un Ser Supremo, criador de todas las cosas, ó no; si lo primero, es indispensable aceptar tambien que este Criador ha de haber formado á sus criaturas para un fin y dándoles los medios para que puedan cumplirlo; pensar siquiera un instante han podido aquellas ser criadas sin fines ni medios, que viven en el mundo visible agitándose cual vagas sombras que

á la conclusion se extinguen en el vacío de ellas mismas, como débiles chispas que lanza la antorcha azotada por el viento, cuyo liviano resplandor desaparece, sin que quede nada de su existencia fugaz, equivaldría á sostener que en la perfeccion esencial, existían manchas de imperfeccion, iríamos á parar á la segunda parte del dilema, á la negacion de Dios, lo cual es el absurdo de los absurdos. Por otra parte, si consideramos el órden armónico de la creacion, encontramos que aun mirado bajo un aspecto exclusivamente material, todos los seres tienen medios de llevar á cabo sus fines; encuentran los astros órbitas desembarazadas de obstáculos por donde girar sin entorpecerse los unos á los otros, á pesar de ser tantos que la vista no puede ni descubrirlos ni contarlos; hallan los vegetales tierra donde arraigar, luz y calor que les vivifique, ofrece tambien aquella lecho á los mares y á los rios, quienes á su vez brindan á los peces con habitacion, que encuentran las aves en las regiones del aire y las fieras en las concavidades de las rocas: mientras el hombre, el ser superior á todas y cada una de estas distintas criaturas, recibe de ellas cuanto necesita para atender á su conservacion. Esto sentado, es racional y lógico suponer, que no siendo bastantes al ser dotado de razon los medios materiales de vivir, por cuanto goza de doble vida y ostenta al lado de aquella, la más noble del espíritu, así como recibe de Dios medios de conservar la primera en los tres reinos de la naturaleza, así tambien ha de recibir la verdad, aspiracion legítima de su inteligencia. Nadie sino él podría darla: en vano se objetará á esta afirmacion con los sistemas filosóficos; otro dilema se presenta á nuestra vista: ó estos filósofos, partiendo de la verdad suma, solo se ocuparon de explicarla y desenvolverla, en cuyo caso, como no inventaron, dan la razon á lo que sostenemos, ó por el contrario en alas de su ardiente imaginacion crearon sistemas distintos y contradictorios entre sí; entonces la verdad no es la base de sus sistemas, porque su carácter es la unidad. Y no soy yo el que lo dice, uno de ellos y de los más atrevidos campeones de la incredulidad y la negacion, no vacila en comparar los filósofos con una turba de charlatanes, que gritan cada cual por su lado: venid, yo soy el único que no engaña. «Uno, continúa, pretende que no hay cuerpo, y que todo es una ilusion, y otro que no hay más sustancia que la materia: éste aventura que no existe el vicio ni la virtud y que el bien y el mal son quimeras; aquél que los hombres son lobos y que pueden devorarse con seguridad de conciencia» (1). La Filosofia, por consiguiente, concluiremos, para ser verdadera, tiene que dimanar de Dios, y Éste con efecto, al par que manifestando al hombre su grandeza le

(1) J. J. Rousseau. Carta al Rey de Polonia.

da los medios de atender á su conservacion física en el mundo material, le ofrece á su inteligencia el alimento que necesita, mediante el vínculo de la Religion.

Cuatro importantísimas cuestiones surgen de lo expuesto, pero que una vez resueltas, no podrán menos de darnos la conclusion que perseguimos; á saber: que examinando las trascendentales influencias de la unidad de Dios en el órden religioso, y encontrado en ellas la fuente de la grandeza del hombre, se reconoce, que si uno es Dios, uno es tambien el medio con que se comunica á sus criaturas en el órden moral, la Religion. Vamos, pues, á investigar en primer término, si este medio existe, si hay Religion, á seguida expondremos cuáles deben ser sus caractéres, vendrá luego el exámen científico, de si la Religion comprende ó abraza en su conjunto la ciencia, y por último, veremos cuál es la Religion que realizando la unidad, demuestra de un modo que no deja lugar á duda, es ella sola la que contiene la ciencia, que puede servir para satisfacer la noble aspiración de la inteligencia humana. La primera de las indicadas cuestiones, puede resolverse tambien, llamando en nuestro auxilio á la razon y á la historia. ellas de comun acuerdo nos demostrarán que existe una Religion. En efecto, las palabras Criador y criatura nos demuestran la existencia de una relacion de superioridad é inferioridad. Todo lo que proviene de otro es inferior respectivamente al origen de que trae causa; el padre es superior á sus hijos; el inteligente ó instruido al que carece de instruccion; solo quien tiene vista puede guiar al que no la tiene; el artista es superior al sonido que hace producir á su instrumento y á los colores que hábilmente combinados en su lienzo dan por resultado la imágen ó el paisaje; y aun descendiendo á la naturaleza inanimada, superior es el árbol corpulento á la tierna planta que en él busca su apoyo; más elevada la montaña, que la pequeña piedra incrustada en sus estribaciones. De la relacion de superioridad ó inferioridad, nace como lógica consecuencia, la de que el inferior necesita al superior para conseguir el determinado fin que se propone; de esta suerte los hijos no podrian vivir material ni moralmente sin el auxilio de sus padres; el ignorante no puede instruirse sin el auxilio del instruido; ni el instrumento, ni el lienzo por sí solos, son capaces de producir sonidos, ni combinar colores, respectivamente; el ciego, sin guía, cae al abismo; muere la planta separada del árbol donde arraiga; y desprendida la piedrecuela que antes formaba parte de la montaña, rueda hasta perderse en el fondo del precipicio. Pues bien, nosotros, la inteligencia racional, es respecto de Dios, la hija predilecta, como reflejo fiel de su purísima luz: el ciego que necesita de guía, el instrumento que ha de producir sonidos, el lienzo en que han de fijarse las imágenes ó

paisajes, la débil yerba que busca el sólido apoyo del robusto tronco, la piedra que ha de estar adherida á la montaña para formar parte de ella. Solo Dios puede conservarnos, instruirnos, fortalecernos, hacer que brillen los destellos de nuestra razon en las investigaciones científicas ó en las concepciones artísticas, darnos en fin la verdad. Quidemos á Dios, y nuestro pasado será un sueño, nuestro presente una duda, nuestro porvenir un caos.

Además, la primera y más legítima aspiracion de la inteligencia es la de conocer á Dios, y sus relaciones con las criaturas; la segunda, penetrar en los secretos de la tumba y la tercera adquirir los medios que ha de poner en práctica para poseer y alcanzar el bien porque anhelamos; y la Religion y sola la Religion es quien puede satisfacer convenientemente esta triple aspiracion, dándonos la respuesta á las tres preguntas, que como antes queda dicho, constituyen la ciencia en general, porque solo ella nos enseña á Dios como nuestro origen y fin, al paso que al descorrer á nuestra vista el misterioso velo que encubre los secretos de la eternidad, de la que nos separa la tumba, nos muestra tambien los medios que han de ponerse en práctica para conseguir el supremo y único bien. Cuando el hombre reflexiona consigo mismo, si al pretender descubrir los misteriosos arcanos que rodean cada una de las tres indicadas aspiraciones de su inteligencia, prescinde de la Religion, surgen á su mente como lógica consecuencia series de absurdos encadenados unos á otros, que directamente conducen á la desesperacion; que la razon por sí sola es muy corto el número de verdades que puede descubrir y ante el misterio de su origen y destino, ó acepta la existencia de Dios y con ella las demás verdades del órden religioso, ó cerrando sus ojos á la luz, se encierra en el estrecho círculo de la negacion. Pero con esta no consigue matar al mismo tiempo su anhelo por el bien, por la felicidad que es su deseo, y al encontrarle limitado al bien perecedero del mundo material, la desesperacion llama en breve á las puertas de su espíritu, para estrecharle en sus férreos lazos y sumirle en la mayor de las degradaciones. Por el contrario, aceptada la existencia de Dios, el alma se ennoblee á sí misma considerando su origen y su destino, mira la vida presente como camino que ha de recorrer para llegar á su último fin, y verdadera reina de la creacion, somete la materia á sus inclinaciones racionales y mira sin horror entreabrirse el sepulcro, en cuyo seno vislumbra los primeros rayos de la luz refulgente que ha de poseer sin pasado, ni presente, ni porvenir. La razon, pues, nos dice es necesario que exista una Religion, como medio de que el hombre posea la verdad á que aspira su inteligencia y pueda de esta suerte conseguir su fin. Siendo así que Dios ha dado á todas las criaturas medios de

alcanzar el que le es propio, preciso es concluir, también ha de haberse—
los dado al hombre mediante la Religión. Preguntar si es posible que lo
haya hecho, sería lo mismo que dudar de que el superior pueda comuni—
car con el inferior y así concluiremos con un célebre escritor antes también
citado: «Dios goza, con relación al hombre, del poder que éste recibe del
mismo Dios, ponerse en comunicación con sus semejantes, cuando y como
le plazca, negar que el Criador pueda comunicar los suyos á su hechura,
es una locura y una blasfemia, porque sería negar el poder, la sabiduría
ó la voluntad de Dios y además la fe de todos los pueblos» (1).

La historia viene á confirmar lo que la razón nos dice. Oigamos en pri—
mer término un filósofo pagano y quedaremos convencidos de la universa—
lidad de la creencia de existir una Religión. «Si recorreis la tierra, dice
»Plutarco, quizás encontrareis ciudades sin murallas, sin letras, sin leyes,
»sin palacios, sin riquezas, sin monedas, sin escuelas y sin teatros; pero
»nadie ha visto jamás una ciudad que no tenga templos ni dioses, que no
»haga uso de oraciones y juramentos, que no consulte los oráculos, y que
»no ofrezca sacrificios para impetrar los bienes del cielo ó conjurar los
»males de que está amenazada; pues más fácil sería encontrar una ciudad
»edificada en el aire, que un pueblo sin religión» (2). Y así es en efecto:
regístrese la historia de todos los pueblos, investiguense las costumbres de
todos los países y en todas las naciones y bajo todos los climas, ora gocen
sus moradores de la más adelantada civilización, ora hagan vida nómada
y salvaje, encontraremos una religión, como vínculo entre el Criador y su
criatura, como medio de que ésta encuentre la luz que ilumine la vida de
su espíritu, cual Sol refulgente del mundo moral, y como poderoso testi—
monio de la humanidad entera, contra aquellos de sus miembros que en—
bren de oprobio la razón humana al decir á la faz del mundo: no hay
Dios, soy ateo.

Para que la Religión responda á su objeto de unir el hombre con su
Dios, encaminándole á la consecución de su fin, es indispensable que mi—
rándole bajo el punto de vista de ser inteligente, susceptible de amar y
poseer el bien que constituye la aspiración única de su voluntad; y por
último, como criatura capaz de actos morales, ó poseedora de la facultad
moral, es indispensable dé en primer término á su inteligencia las verda—
des que apetece y que tiene necesidad de conocer; muestre en seguida á
su corazón el verdadero bien con los medios que ha de poner en práctica
para conseguirlo, establezca un orden moral regulador de los actos huma—

(1) Gaume, Catecismo de perseverancia, T. II, Cap. 17.

(2) Plutarco, *Contra Colotes*.

nos, y finalmente, atendiendo á que el espíritu á quien ilustra, vive dentro de un cuerpo material, la Religion ha de revestir formas sensibles, cuya realizacion bajo un punto de vista externo ó formal de sus abstracciones esenciales, den á conocer su existencia, sus medios y su fin: en una palabra, la Religion ha de abrazar el dogma con que la inteligencia recibe la verdad, la moral con que la voluntad, conociendo al Bien sumo, corra en pos de él, por los caminos que se le señalen y el culto ó manifestacion externa de las íntimas relaciones que existen entre el superior y el inferior, entre el Criador y la criatura. Y este dogma, esta moral, este culto, es indispensable sean unos, siendo por tanto la unidad el primer carácter de la Religion, porque él es esencial á la verdad, porque Dios es uno y porque aquella no es sino Dios revelado al hombre.

Al lado de la unidad, como carácter principal de la Religion, es indispensable tambien, como segundo carácter, ó mejor dicho, consecuencia de aquella, que se proponga el bien, en armonía con la recta razon, respaldado por la bondad, en su dogma, en su moral y en su culto, siendo bueno el objeto que se propone y buenos los medios que adopta para conseguirlo. Nuestra razon rechaza el politeísmo, porque encuentra absurda la pluralidad de dioses, repugnante considerar como buenas ó indiferentes acciones reprobadas y vergonzosas, y cruel al aceptar sus divinidades el sacrificio de las víctimas humanas y demás abominaciones de su culto: por eso la idolatria no puede ser verdadera religion, porque su dogma, su moral y su culto son contrarias á la razon natural.

Por último, siendo la Religion, segun anteriormente queda dicho, una como cadena que liga los cielos con la tierra, es indispensable que el conjunto de verdades que la constituyen, aparezcan, unos en el trascurso de los siglos que pasaron y remontándonos á través de las generaciones que nos preceden en el sepulcro, las hallemos siempre las mismas hasta llegar á Dios, fuente de donde proceden. Con este carácter de legitima y respetable antigüedad, con la bondad de sus preceptos y con la unidad, de que son consecuencia los dos anteriores, siempre hallaremos la Religion con este su carácter esencial de una, aquí y en todas partes, porque ella no está sujeta á las eventualidades de los tiempos y los lugares, y lo que es verdad aquí no puede dejar de serlo fuera de aquí. Tales son los caracteres de la Religion verdadera.

Empero hemos dicho, que ella comprende la ciencia y ha llegado el momento de probarlo, máxime cuando hoy en medio del siglo XIX, que todo lo duda y todo lo niega, suele proclamarse solo es buena para el pueblo, las mujeres y los niños, que la ciencia para nada necesita de ella, y antes al contrario el hombre estudioso rompe las trabas que ligan su inteli-

gencia, al romper en absoluto con el orden religioso, sin el cual puede libre y desembarazadamente, bajar de los efectos á las causas, ó subir de estos á las primeras, en alas solamente de su poderosa razon. ¡Desgracias! Ignoran, digo mal, pretenden ignorar que las alas de la razon abandonada á sí misma, son semejantes á las del Ícaro de la fábula, que compuestas de cera y aceite se derritieron, haciéndole caer en el abismo, antes de haber podido llegar á los astros del firmamento, y esos mismos que se juzgan grandes colosos de la ciencia, porque sin meditar, comparar, ni deducir, fijan la negacion de Dios al frente de sus obras, para entretenerse despues con quimeras de su exaltada imaginacion, no son otra cosa que nuevos Ícaros, ansiosos de conquistar un nombre ilustre, que de otra suerte no podrían adquirir y fabricándose unas alas con la cera de su ambicion y el aceite de su orgullo, quieren volar más allá de la atmósfera respirable, para venir á caer en breve en el abismo de su impotencia misma, donde solo les aguarda el ridículo con que se presentan á la vista de la generacion venidera y la execracion con que cubrirá sus sepulcros la generacion venidera. No puede ser de otro modo; consideremos la cuestion individualmente, con relacion á la ciencia en sí y con respecto á la sociedad, y veremos que bajo el primero, como bajo el segundo y el tercer aspecto, la Religion comprende la ciencia; sin aquella no puede concebirse ésta, porque ella es fuente de toda grandeza del hombre.

En efecto; si la ciencia consiste en apreciar y comprender al hombre en sí mismo, el mundo en que habita, sus relaciones y las del Criador con sus criaturas; lo primero y más esencial ha de ser que aquel pueda conocerse y apreciarse. Hé aquí ya pues á la fe, constituyendo el sublime pedestal en el que ha de colocarse el ser dotado de razon; hombre, le dice, eres hijo de Dios, de Él vienes y á Él has de ir, como legítimo heredero suyo, cual verdadero príncipe de Dios, lo poseerás todo, el Universo en que habitas, las estrellas que miras girar sobre tu cabeza, que el Eterno se ha complacido en constituirte rey y pontífice de la creacion, y tras los cortos dias de la vida, ceñirá tu frente una corona inmortal. Ante esta verdad que la revelacion proclama, el hombre adquiere el sentimiento de su dignidad, como rey, gobierna y sujeta sus pasiones al carro de triunfo de su razon, mientras como pontífice ofrece á su Creador el holocausto de su inteligencia y de su afecto, de su cuerpo y de su espíritu. Al contrario, prescindamos de esa verdad de la fe, el hombre no es más que un ser un poco más instruido que los demás animales, su pasado fué la nada, su presente el hecho, su futuro la aniquilacion ó la combinacion con la materia; hélo aquí ya degradado, cayó la estatua de su pedestal y perdida la conciencia de su dignidad propia, el ser racional se compra y se vende

sin importarle nada la abyeccion y el crimen, si consigue apurar hasta las heces la copa dorada del placer material. La ciencia, ya lo hemos dicho, comprende tres preguntas. ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿á dónde y por dónde voy? Su respuesta solo puede darlas la verdad revelada, luego sin ella no hay verdadera ciencia, porque falta la base, y los conocimientos adquiridos y que se adquieran, serán el edificio construido sobre movediza arena, que se hundirá al primer soplo del viento de la controversia.

Por otra parte y considerando la cuestion relativamente á la ciencia, encontramos cesa hasta la razon de ser de esta, si prescindimos de la Religion. limitándose su horizonte en términos de quedar la inteligencia humana encerrada en una barrera de hierro que le es imposible romper. Prescindamos de las ciencias *Teológicas*; si no existe Dios, ni la Religion tiene objeto científico, pueden suprimirse como innecesarias: vengamos á las filosóficas. La *Psicología*, carece de fundamento para trazar las facultades del alma humana y hacerla comprender no puede quedar reducida su esfera á la simple satisfaccion de sus necesidades materiales: la *Ideología* y la *Lógica*, carecen de objeto, pues que no hay verdad que investigar ó al menos se ignora donde está: la *Ontología* se apoyará en una falsedad al habiarnos del *ente ó ser* por esencia, siendo palabrería inútil las de *ser finito ó limitado* y las de *infinito ó limitado*: la *Ética ó Moral* no podrá en nombre de nadie trazar el cuadro de los deberes del hombre, y tendremos el absurdo de un precepto sin sancion y el matemático se encontrará detenido ante el punto, y el químico ante el átomo, y el físico y el naturalista y el médico, no podrán señalar una sola de las causas de los efectos que explican. Querer prescindir de la Religion en el estudio de la ciencia, es pretender que esta desaparezca y convertir al hombre en uno de tantos seres sin conciencia de sí, ni de sus actos, sin otra ley que su apetito, ni otro fin que el de satisfacerlo, pudiéndose por tanto de los que tal pretenden, decir con Pascal, que «es glorioso para la Religion tener por enemigos, hombres tan irracionales» (1).

Por último, si descendemos á mirar la cuestion bajo el punto de vista social, encontramos que en favor de nuestra tesis pueden presentarse dos argumentos, uno que podemos llamar *mediato*, otro *inmediato*. el primero es sencillo, consiste en que si la ciencia ha de servir á los fines del hombre constituido en sociedad, siendo así que esta, como la historia hemos visto pone de manifiesto, no puede existir sin Religion, es bien claro que desapareciendo esta, aquella tampoco puede descansar sobre seguros fundamentos, pues como dice Platon, «quien destruye la Religion, destruye

(1) Pascal, Pensamientos, Part. II, Art. 3.

»los cimientos de toda sociedad humana:» (1) «añadiendo Jerrofante, que
»las ciudades y naciones más adictas al culto divino, fueron siempre las
»más duraderas y las más sábias» (2). Por consiguiente, prescindiendo de
la Religión, inútil es la ciencia, que á lo más quedaría reducida á nuevas
investigaciones individuales, sin resultados prácticos de presente ni prove-
cho alguno para el porvenir.

En cuanto al otro argumento que hemos denominado *inmediato*, no es
menos evidente y sencillo que el anterior. La sociedad compuesta de indi-
viduos á quienes une el fin y los medios, no puede existir sin un poder ó
gobierno, que realizando la unidad, dé la acertada dirección é impulso á
las distintas partes del cuerpo social; para ello necesita dictar leyes que
formando diversos cuerpos de doctrina legal constituyen el *Derecho hu-
mano*. Y no hay mas que dos caminos, ó los indicados preceptos se apoyan
en altos y eternos principios de justicia, ó son producto de la arbitrarie-
dad y del capricho de los gobernantes. Si lo primero, la sociedad conse-
guirá su fin, que la vía que más directamente conduce á él, no es otra
que el *Derecho*, realizador de aquella virtud; por el contrario, si los po-
deres públicos en el ejercicio de sus funciones, no tienen otra consejera,
ni mas regla de justicia que su movable voluntad, gobernarán mediante la
fuerza y la más espantosa anarquía, concluirá bien pronto con aquella des-
venturada sociedad, como lógica consecuencia del desprecio con que ha
sido gobernada. Ahora bien, esos altos y eternos principios de justicia, no
pueden encontrarse en otra parte, que en el *Derecho divino*, es así que la
Religión pone á éste de manifiesto, luego ella como comprensiva de los
principios fundamentales de la ciencia jurídica, sirve con ellos al interés
de todo progreso científico, haciendo con aquellos reine por todas partes
el órden y la armonía verdaderos amantes de la ciencia. «Las leyes de
»Minos y de Numa, dice un célebre jurisconsulto moderno, están única-
»mente basadas en el temor de los dioses. Ciceron dice en su Tratado de
»las leyes que la Providencia es la base de todas las legislaciones. Numa
»hizo de Roma una ciudad sagrada, para que fuese la ciudad eterna. Las
»leyes de la moral serían insuficientes. Las leyes solo son la norma de
»ciertas acciones, mas la Religión las abarca todas; las leyes detienen el
»brazo; pero la Religión regula el corazon; las leyes no son relativas, mas
»que á los ciudadanos, pero la Religión se apodera del hombre.... La
»moral sin preceptos positivos dejaría sin regla á la razon; la moral sin
»dogmas religiosos quedaría reducida á una justicia sin tribunales» (3).

(1) Platon. De Legibus, lib. X.

(2) Jeunfante. Sobre los ritos.

(3) Portalis. Discurso sobre la organizacion de los cultos.

Aun suponiendo, por otra parte, que un *Derecho humano* basado en la fuerza, fuera suficiente para que todos los ciudadanos cumplieran estrictamente su deber, por temor á las penas que le amenazaran, aceptando pueda ser regida una sociedad, sin nada que hablando al espíritu conmueva al mismo tiempo el corazón, siempre tendríamos que los autores de esas leyes se creerían dispensados de su observancia, no viendo en ellas, sino la regla de su capricho, y por consiguiente y como en la sociedad es indispensable unidad de las partes para con el todo, lo mismo que del todo para con las partes, tendríamos el absurdo de encontrar ciudadanos virtuosos por la fuerza que partía de un gobierno, centro de todos los vicios; teniendo por consiguiente que concluir con Montesquieu, que: «aun cuando fuera inútil que los súbditos tuviesen una religión, no lo sería que los príncipes la tuviesen y tascasen el único freno que pueden tener, los que no temen las leyes humanas» (1) ó exclamar con uno de los más distinguidos corifeos de la incredulidad y el materialismo moderno, «no era conveniente trabar contienda con un príncipe ateo, que tuviera interés en mandarnos machacar en un mortero, porque estábamos seguros de ser machacados» (2).

Además las ciencias todas, como tendremos ocasión de ver en breve, no constituyen más que una, ligadas entre sí, como las ramas al tronco del árbol y éste á sus raíces; la alteración que se haga en cualquiera de sus partes, no puede menos de trascender al todo. Pues bien, anterior á toda legislación positiva, á toda sociedad civil, á todo gobierno, existen preceptos que marcan al hombre qué acciones debe practicar, cuáles sean aquellas de que deba abstenerse, preceptos que constituyen la ley *natural*, que ampliada y perfeccionada por la *divina-positiva*, forma la base del *Derecho humano*.

Prescindiendo por consiguiente de la Religión que nos dá á conocer dichos preceptos, juntamente con su divino legislador, sería imposible la *Filosofía del Derecho*, como suma de conocimientos que abraza el origen de éste, en sus fuentes primitivas y su aplicación práctica á los fines sociales y de la misma manera que los estudios de Grotio y Pufendorff, hace dos siglos, distinguiendo los deberes *perfectos* de los *imperfectos*, hicieron considerar como cosas distintas la *Moral* y el *Derecho*, dando así lugar á los lastimosos errores de Kant, que explica la primera como modo de obrar, que con arreglo á principios generales, ha de conciliarse con la libertad de todos; así también, separando el Derecho de la Religión,

(1) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, libr. XXIX, cap. 2.
(2) Voltaire, *Diccionario filosófico*.

tendríamos la voluntad humana constituida en fuente única y exclusiva de justicia, y con ella el exclusivismo individual, la arbitrariedad y la fuerza bruta como únicos medios de que las sociedades consiguieran su fin.

Examinada pues la cuestión individualmente, con relación á la ciencia en sí, y con respecto á la sociedad, es indudable que aquella está comprendida en la Religión, y por consiguiente y refiriéndonos á cuantos proclaman que ella sola es buena, para el pueblo, las mujeres y los niños, concluiremos diciendo con un también famosísimo incrédulo, que como todos ellos y en medio de sus lastimosos errores y extravíos, no pueden menos de rendir homenaje á la verdad: «Apartaos de los que siembran »desconsoladoras doctrinas en el corazón de los hombres con su indiferencia y sus máximas impías; de los que derrocando, destruyendo y pisoteando, todo cuanto los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los ricos y los poderosos el único freno »de sus pasiones, arrancando del fondo de los corazones el remordimiento »del crimen y la esperanza de la virtud y vanagloriándose de ser los bienhechores del género humano.....» (1).

Si pues la Religión, vínculo de unión entre el hombre y Dios, contiene la ciencia, cuya unidad caracteriza la verdad que es su esencia y que proviene de Dios uno, falta solo señalar cuál sea esta Religión, que teniendo en sus manos la antorcha refulgente de la fe, ilumina las inteligencias en el áspero camino que recorren hasta llegar á la posesión de la ciencia y... poco trabajo costará señalarla... Pregúntese á cualquiera que no carezca de vista, cuál es el Sol entre los demás astros y sin vacilar será señalado. Pues bien, de la misma manera existe en el cielo del mundo moral un foco de luz esplendorosa y refulgente, cuyos rayos no pueden apagar, ni aun siquiera hacer palidecer, los ténues y amortiguados resplandores de las luces artificiales que enciende la razón humana, cual si pudiera hacer competencia á la verdad. Es la divina Religión de Jesucristo, sol brillantísimo que desde hace diez y nueve siglos ilumina el Universo entero, mostrando en su dogma, en su moral y en su culto, la ciencia una, fuente de toda grandeza del hombre: Religión que reúne todos los caracteres que debe tener aquella, en términos que á no cerrar voluntariamente los ojos á la evidencia, no puede ponerse en duda la verdad que encarna. En efecto, ella es una, porque como dice el gran Bossuet «es y ha sido siempre »la misma. Jesucristo situado entre ambos testamentos ha sido el centro »del uno y del otro... Una misma luz, continua, aparece en todas partes »desde el origen del mundo, luz que asoma en tiempo de los Patriarcas.

(1) Rousseau, Emilio.

»se aumenta en el de Moisés y los Profetas, y Jesucristo, más grande que
»los Patriarcas, más autorizado que Moisés y más ilustrado que los Profe-
»tas, hace brille á nuestros ojos en toda su plenitud. Jesucristo aproxima
»todas las épocas, es el centro á donde van á converger todas las cosas,
»la ley, los Profetas, el Evangelio y los Apóstoles. La fe en Jesucristo, ha
»sido la fe de todos los siglos...» Ella no solo se propone el bien, sino que
ha conseguido difundirlo por do quiera, por cuanto es santa y católica y
apostólica el conjunto de las verdades que la constituyen, aparece uno en
el trascurso de los siglos, hasta que llegamos á encontrar al divino fun-
dador, siendo ahora y siempre el mismo en Europa y en Asia, en las re-
giones heladas del Norte y en las apacibles del Mediodía.

La verdad, puede considerarse en sí misma y en sus efectos; bajo el
primer aspecto; es indispensable, que el orden natural, lo mismo que el
sobrenatural den testimonio de ello. bajo el segundo, que el heroísmo, el
bien y la victoria, sean como distintivos especiales de los hombres que la
profesen. Pues bien, la Religión católica en el orden natural, demuestra
ser la única poseedora de la verdad por su origen tan remoto, que data
desde la aparición del hombre en la tierra, siendo por consiguiente falsa
toda aquella, cuyo nacimiento pueda determinarse en la historia; en cuanto
al orden sobrenatural, ella y solo ella es la que cuenta los milagros como
signos evidentes del poder de Dios, signos á los cuales no puede oponerse
por la incredulidad otra barrera que la mera negacion, sin el trabajo de
examinar los hechos y sus circunstancias, los testigos que sobre ellos de-
ponen y la razon de su testimonio.

Empero vengamos á un terreno más concreto; aplicable cuanto hasta
aquí dejamos dicho en orden á la Religión en general, como poseedora de
la ciencia, respecto al carácter esencial de la verdad que contiene, pase-
mos á considerarla en sus efectos y la veremos hacer diez y nueve siglos,
engendrando héroes, haciendo do quiera el bien y triunfando de todos sus
enemigos.

La constante lucha del error contra la verdad, es una prueba más de la
existencia de esta, no habria sombra si no existiese cuerpo, no habria
error, á no haber verdad. Empero esta plugo á Dios constituir la en verda-
dero sol de las inteligencias, no se concibe sin ella la vida del ser racio-
nal y cumpliendo su destino de combatir y vencer, difundiendo por todas
partes el bien y haciendo surgir el heroísmo de la debilidad. la his-
toria nos traza la larga série de combates y triunfos que constituyen
la vida de la Religión santa de Jesucristo sobre la tierra. Aun estaba,
por decirlo así, en la cuna, la nueva doctrina, y ya los Césares romanos,
hacen por diez veces corra la sangre del catolicismo naciente, pero sin

que el paganismo consiguiera otra cosa, que ver sustituido en los lugares destinados al suplicio, el *morituri te salutant* de los gladiadores con la sublime protesta de la fe, con que al pronunciarla caen los mártires sobre la ensangrentada arena del anfiteatro. Y al ver tiernos niños, cándidas doncellas y decrepitos ancianos ofrecerse al hierro de los verdugos ó á los dientes de los leones, no pudo menos de confesar el error por boca de sus mismos adoradores, que era muy grande el Dios de los cristianos, que era indestructible la verdad.

Apenas la Cruz hasta entonces humillada, se eleva erguida sobre la corona de los Emperadores, con la paz de Constantino, cuando el error desesperado de vencer á la verdad con las armas de la fuerza, da principio á combatirla con la astucia y el mónstruo de la herejía se presenta en su nombre dispuesto al combate. Arrio, Macedonio, Pelagio, Euziques, Nestorio, Leon el Isáurico, Berengario, Lutero y Calvino, nombres tristemente célebres que la historia conserva entre sus páginas y que cada uno de ellos significa una nueva victoria de la Iglesia contra el mal. En vano los sectarios de cada una de estas herejías y de otras innumerales, pretendieron introducir la zizaña en el campo del cristianismo; vanos fueron sus esfuerzos, habiendo siempre por cada hereje mil campeones de la verdad bendita, que arrancando al error sus disfraces, le han presentado con toda su desnudez, para su vergüenza y prevención de los incautos. En vano tambien el génio del mal ha pretendido introducir divisiones en la verdad, ella ha continuado siendo una y despreciando las tentativas de aquel. Destruído quedó el cisma de los donatistas, por las elocuentes palabras de San Agustín el Obispo de Hipona: las soberbias pretensiones de Miguel Cerulario, se estrellan ante la serenidad del Pontífice Leon IX, y si por último, en el gran cisma de Occidente vemos la autoridad pontificia disputada por tres rivales, la Iglesia consigue un nuevo triunfo y Martino V, Eugenio IV y el español Calixto III, saben elevar el pontificado al mayor grado de gloria y esplendor.

Continuemos con la historia en la mano recorriendo los campos de las generaciones que pasaron, lleguemos al siglo XVIII y en él encontraremos hombres de opiniones atrevidas, que primeramente de un modo oculto, mas tarde frente á frente y á la luz del día, atacan la verdad religiosa en sus dogmas. No era ya la negacion de un misterio, ó la controversia en un punto de disciplina la que movía las armas de los partidarios del error, era la negacion de todo. En vano algunas almas generosas hacen en los primeros momentos titánicos esfuerzos para contener las funestas doctrinas, que empiezan á propalarse por todas partes; todo fué inútil, estaba dado el primer paso y dos hombres tristemente célebres se pusieron al

frente para dirigir y continuar el movimiento. Estos fueron Voltaire y Juan Jacobo Rousseau, el uno poseído de un ódio violento hácia la persona adorable del Salvador, atrae á sí con sus doctrinas una turba de mal llamados filósofos, que se propone bajo el pretexto de reformar el mundo, destruir no solo los fundamentos de toda Religión, sino tambien de todo órden social. El otro sin convicción sólida, pasando del protestantismo al catolicismo y de éste á la incredulidad, entusiasma las masas populares con una série de absurdos sobre el origen de las sociedades y el derecho de propiedad. Aunque las doctrinas de ambos no estaban de acuerdo en muchos puntos, se unian sin embargo en el objeto de destruir al catolicismo. Avanzan los reformadores en su obra de destruccion, pero fué en vano: cuando el Pontífice Pio VI coronado de merecimientos fallece, Federico II de Prusia convida á Voltaire para que celebre las exequias de la Iglesia, á quien solo un milagro puede salvar: pero este milagro se verificó: pues mientras la impiedad se felicitaba creyendo llegado el momento de la destruccion de aquella, tiene lugar la eleccion de un nuevo sucesor de San Pedro. Voltaire espira profiriendo horribles blasfemias, y contestando á su amigo Marmontel quien le habla de gloria, que se halla en el suplicio pues muere en medio de los más atroces tormentos (1). Y en esta no interrumpida cadena de luchas y de victorias, los mártires, los apologistas y los doctores, combatiendo por la santa causa de la verdad, los unos por medio de la efusion de su sangre, los otros difundiendo la santa doctrina, semejan columnas miliarias, colocadas de trecho en trecho en el camino que conduce aquella, para indicar al viajero cuál es la verdadera ruta y conseguir se aparte de las sendas extraviadas del error. ¿Qué religion puede vanagloriarse de tener en los principios que proclama como verdades, unos tan esenciales caracteres como la Religión católica, ya en sí misma, ya en sus efectos? Ninguna. No digamos nada del paganismo antiguo, cuyo fundamento y consecuencias, hemos ya visto, cuánto se apartaban de la unidad, fuente de toda verdad y de toda ciencia; no hablemos del mahometismo, cuya ley fundamental se asemeja al país en que se escribió, compuesto de áridos arenales y comarcas que brindan con los más refinados goces de la materia: guardemos silencio en fin, sobre el protestantismo, cuya historia de divisiones y subdivisiones, son el mejor argumento de la falsedad que envuelven sus doctrinas y contentémonos con fijar como conclusion, que aun suponiendo al error en condiciones de poder compararse con la verdad y prescindiendo de la gloria de ésta proclamada por sus victorias, la venerable antigüedad de la Religión de Jesucristo.

(1). Portal. Historia de la Iglesia. Cap. 11.

que une como antes digimos entre sí los siglos y la tierra con el Cielo, remontándose hasta el primer hombre, sería argumento bastante poderoso y suficiente para aniquilar la falsedad de todas las sectas citadas, nacidas á consecuencia de la ignorancia ó de las pasiones de la mísera condicion de la humanidad.

Pero no solamente con los combates y triunfos de la verdad puede probarse la unidad de la Religion, es que tambien ella, como no podía menos de suceder, sembró é hizo brotar y crecer por do quiera el bien, para co el individuo, la familia y la sociedad, cual rocío bienhechor que al descender sobre la superficie árida de la tierra, hace brotar de ella la verde yerba y la olorosa flor. En efecto, al bienhechor influjo de la verdad católica, el individuo adquiere el conocimiento de su dignidad, rómpense las cadenas del esclavo, que son substituidas por el dulce lazo de la caridad, que hace unos los señores con los siervos: la familia ligada hasta entonces con los vínculos de la fuerza, mírolos convertidos en los blandos y suaves del amor y la sociedad en fin, olvidando las antiguas preocupaciones que formaban la base del *Derecho*, no tan solo estableció la justicia como hace del *público* y del *privado*, sino que miró ante sí ensancharse los horizontes del mundo conocido, y mientras la conversion de los bárbaros aseguraba la paz de Europa y las cruzadas rechazaban la invasion mahometana, surcan los mares naves que conducen misioneros, para llevar la luz de la verdad y la ciencia á los países salvajes y constituir de esta suerte el *Derecho internacional*.

No podía ser de otra manera; en órden al *Derecho público*, la Religion cristiana que fué constituida para abolir toda tiranía, ella que aceptando la verdadera igualdad, no hace distincion entre el grande y el pequeño, el pobre y el rico, el sábio y el ignorante, ni podía reconocer la arbitrariedad como base del gobierno, ni á los pueblos como un patrimonio del monarca; por eso al reconocer la dignidad dei poder en la persona que lo ejerce, tiene el cuidado de encarecerle la necesidad en que se haya de administrar á todos rectamente justicia, de defender á los débiles y menesterosos, ser con todos afable, dulce y benéfico, en una palabra, no gobernar para su utilidad, sino para utilidad del pueblo que le está encomendado y de quien ha de dar cuenta á Dios (1). En más de una ocasion nos refiere la historia, si por circunstancias especiales quedaba roto el vínculo que debiera existir entre el poder y los súbditos, surgiendo de aquí las discordias y el desórden, los romanos Pontífices, poniéndose al lado de los oprimidos, se constituyeron en jueces pacíficos de sangrientas

(1) Pontífice romano en la coronacion de los re, es.

luchas, señalaron el límite de los deberes propios de cada uno de los contendientes y cuando había lugar á ello, no vacilaron tampoco en amenazar con las armas de su poder espiritual á los Reyes, Emperadores y Grandes.

En cuanto al *derecho privado*, no puede negarse tampoco la gran influencia de la Iglesia, lo mismo que en órden al *penal* y al de *procedimientos*: respecto al primero, las leyes, merced á ella, fueron lo que deben ser, protectoras del individuo, amparándole desde antes de su nacimiento, hasta más allá de la tumba; la posesion, la prescripcion y los contratos descansaron sobre la buena fe, y fijando el verdadero carácter del juramento, alcanzó esta institucion en el órden civil la consideracion merecida, como medio de saber con certeza de parte de quién está la justicia, al hacer al testigo responsable de su dicho ante Dios, fuente de verdad y enemigo de la mentira. Respecto al *Derecho penal*, basado antes de la aparicion del cristianismo, en la venganza pública ó privada, la Iglesia aborreciendo, como aborreció siempre las penas de sangre, procuró conciliar entre sí el castigo como expiacion del culpable, con su enmienda y correccion de los demás. «Que aprendan, diremos con un distinguido miembro del profesorado español, que aprendan los racionalistas modernos defensores del sistema correccional, lo mucho que la sociedad civil debe por todos conceptos á las sábias leyes de la Iglesia; pero ¡oh! vano empeño, de seguro que no estudiarán la legislacion canónica en la que les sería muy fácil encontrar la base de sus teorías; pero cómo han de estudiarla, si ellos en vez de reconocer la divina doctrina de un Dios hombre, no aceptan otro principio que su razon, otra causa que el absoluto, más divinidad que el caos, la confusion, el ateismo; cómo han de estudiarla volvemos á repetir, si desconocen la caridad cristiana, sustituyéndola con la filantropía» (1). Y en cuanto á los procedimientos, débese á la influencia civilizadora del catolicismo, desaparecieran de los antiguos códigos las pruebas bárbaras consignadas en la llamada Ley caldaria y juicios de Dios, sustituyéndolas con otros medios racionales y justos y que rindiendo los legisladores homenaje á la santa ley de la caridad, se consignase en los códigos que los jueces sentenciaran las causas sin amor ni odio y si alguna vez se mostraban clementes fuera con los pobres y menesterosos. Mas si en *Derecho público y privado* se limitó la influencia de la Iglesia á modificar los fundamentos del ya constituido, aceptando como dice Walter, las antiguas y buenas costumbres de las naciones y amoldándose á las instituciones dignas de aprecio, que encontró establecidas; en el *Derecho internacional*

(1) El Dr. D. Juan Morales y Alonso, *Prolegómenos de la ciencia canónica*.

tuvo necesidad de establecer los principios y las consecuencias, creándolo, por decirlo así, de un todo. En efecto, este *Derecho*, antes de la aparición del cristianismo, era completamente desconocido. En el desarrollo progresivo de las sociedades, cuando los pueblos sustituyeron las primitivas tribus, la vida social se hallaba reconcentrada en el interior de las murallas que los circunían, y excepto en casos aislados en que la necesidad de combatir otro pueblo más numeroso, les obligaba á constituir una alianza pasajera, lo ordinario era, mirarse como enemigos los miembros de unas ciudades con los de otras. Mas tarde, los pueblos se convierten en verdaderas naciones, y sin embargo, todavía están muy léjos de establecer y estrechar los vínculos que deben ligarlos entre sí. En la edad antigua, los dos pueblos que se disputaron el imperio del mundo, Grecia y Roma, no conocieron el Derecho internacional. En la primera, los tratados y alianzas temporales que las circunstancias le obligaran á celebrar, no tienen otra sancion que las ceremonias religiosas á que se acogían los embajadores, como medio de buscar en la proteccion de los dioses, la inviolabilidad de sus personas. En Roma el carácter exclusivo que distingue su *derecho* en los primeros tiempos, en términos de llamar bárbaros á cuantos no formaban parte de su Nacion, alejaba casi por completo hasta la noción de relaciones internacionales. El cristianismo predicando la caridad y uniendo moralmente á todos los hombres con los vínculos de la misma fe y las mismas prácticas en todas las partes del mundo, echó, así puede decirse, los cimientos del *Derecho internacional*, que en suma no es otra cosa sino la aplicacion práctica de lo que ordenan las leyes divinas-naturales en cuanto á los deberes que tenemos para con nuestros semejantes, olvidados con el trascurso del tiempo y siendo necesario para recordarlás la promulgacion hecha á todos los hombres del *Derecho divino positivo*, por medio de la predicacion del Evangelio. La influencia que los Sumos Pontífices, como antes queda indicado, empezaron á ejercer y conservaron durante la Edad Media, cerca de todos los Gobiernos, dirimiendo sus discordias y evitando las guerras; la necesidad de concertarse unas naciones con otras, para llevar á cabo las cruzadas y las ideas caballerescas que la nueva Religion introduce en la helicosa Europa, acabaron por establecer de una manera permanente y estable los vínculos jurídicos de los Estados. Entonces, el antiguo y siempre respetado principio de ser lícito matar los prisioneros de guerra y por consiguiente poderles reducir á esclavitud, fué sustituido por el de dar cuartel al enemigo vencido; entonces los campos de batalla dejaron de semejar desiertos donde luchaban sangüinarias fieras, endulzando su pestilente atmósfera con las suaves emanaciones del bálsamo de la caridad; entonces, en fin, las naciones

abrieron sus puertas al comercio y las naves surcaron sin temor los mares, cual inmeasos átrios que ponen en comunicacion las viviendas de los miembros de una gran familia. Y al proteger y fomentar estas relaciones de unos pueblos para con otros y al velar por el individuo en los distintos estados que puede tener en la sociedad, garantizando con el ejercicio de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes, el goce pacífico de sus bienes, la Iglesia, en fin, haciendo del precepto particular de la caridad una ley pública, dió principio con sus disposiciones encaminadas, ora á socorrer los pobres en tiempos de carestía, ora á proteger la niñez desvalida y la ancianidad sin apoyo, á formar las bases sobre que descansa el *Derecho administrativo* moderno, cuyos preceptos, ya tengan por objeto reprimir el vicio y fomentar la virtud, ya amparar á los necesitados ó enfermos, deben su origen á la influencia de aquella santa institucion, cuyos beneficios lo mismo en el órden social que en el individual, son una prueba evidente de la verdad de su doctrina al par que un testimonio irrecusable de la ignorancia ó mala fe de los que consideran la Religion como patrimonio de los niños, de las mujeres y del pueblo y como enemiga de la civilizacion y el progreso, siendo así, que como acabamos de ver, la influencia de la unidad en el órden religioso, consecuencia inmediata de la unidad de Dios, atrae al hombre á sí misma constituyéndose en fuente de toda su grandeza.

De toda su grandeza, sí, podemos decirlo sin temor de equivocarnos; grande fué el hombre y la familia, con el establecimiento del cristianismo, poderosas y felices las naciones, y al mismo tiempo la ciencia, envuelta hasta entonces en el negro manto de la igerancia, sumida en el profundo sueño de la falsedad, que era su esencia, pudo salir de la oscuridad que la rodeaba y al recobrar su esencial carácter de unidad despertando de su letargo, elevarse cual águila poderosa que tiende su vuelo por los espacios del aire y contemplar frente á frente el sol de la verdad, recibiendo sus rayos refulgentes, para trasmitirlos despues á la tierra y disipar las tinieblas del error. La ciencia *teológica*, partiendo de la unidad de Dios, concluyó con las numerosas y absurdas divinidades, que recibieron por largo tiempo los abominables sacrificios y las degradantes adoraciones de los pueblos paganos. La *filosofía* á su vez, rompiendo el férreo yugo de la fatalidad ó el destino, en quienes ciegamente creian y á quienes por tanto estaban sometidos los filósofos de Grecia y de Roma, constituyó la libertad moral, hizo latir el corazon con el sentimiento dulcísimo de la esperanza, al explicar el dogma de una Providencia maternal, pronta á remediar todas las necesidades, á enjugar todas las lágrimas y concluyendo con la insensibilidad estóica y la desesperacion materialista, logró subir hasta

el cielo, para arrebatarnos, por decirlo así, sus colores á la luz purísima que tiene allí su centro, á las nubes sus atrevidas y elegantes formas y sus sonidos á las cítaras de oro de los serafines para darlo todo, con las reglas de la *Estética*, á los artistas de la tierra. Las ciencias *naturales* se emanciparon con la verdad católica de las innumerables y varias *Cosmogonías* antiguas, concluyendo con toda clase de dudas y vacilaciones; los sábios pudieron comprobar la autenticidad del libro inspirado á Moisés, cotejándole con las páginas de la creación, escritas por el Omnipotente en las entrañas de la tierra y hasta las ciencias *médicas* en fin, olvidando las supersticiones y sortilegios que las formaban entre los idólatras, pudieron bendecir á Dios al encontrar verdaderos antidotos del mal, en los tres reinos de la naturaleza. Mas al considerar esta como diversidad en la ciencia, que el hombre constituye mediante su actividad en el mundo, no se crea que ella es vária, no, el principio de la unidad trascendental, informando, perfeccionando y defendiendo esa ciencia, hace de ella una sola y exclusiva y de este modo una fuente de todo progreso de la actividad humana; que así como hemos visto, no hay más que un Dios y una sola Religión que lo de á conocer, una sola también es la ciencia, como demostraremos inmediatamente.

III.

Ante todo fijemos el concepto de la unidad de la ciencia. Cuando penetramos en un delicioso jardín formado para nuestro recreo, al contemplar la distinta belleza de las diversas flores que en derredor nos ofrecen su aroma y sus perfumes, su artística distribución sobre el verde césped que las sirve de alfombra y los caprichosos juegos hidráulicos que producen varios y bien combinados saltadores, una exclamación involuntaria se escapa de nuestros lábios: ¡qué belleza! decimos. ¡cuánta variedad de bellezas! Y sin embargo, á poco que se medite sobre el vergel y los adornos que le constituyen, encontraremos que una misma es la tierra que sirve de sosten á las plantas, uno solo el manantial que alimenta los surtidores, uno el objeto que el jardinero se propuso al combinar entre sí cosas tan preciosas como delicadas, la expansión y el recreo del que mandó constituirlo, unos los medios que puso en práctica para conseguirlo, la acertada elección de los vegetales y su colocación simétrica, con la bien dispuesta combinación de las fuentes, uno el fin á que todo ello iba encaminado,

agradar. Allí donde encontremos unidad de origen, de objeto, de medios y de fin, allí tendremos aquel carácter. En verdad, ni en el mundo físico, ni en el moral hay cosas ni abstracciones, que sean unas por esencia; la unidad esencial es atributo de Dios, como se ha demostrado en la primera parte de este mal trazado discurso, y lo mismo las criaturas materiales, que las espirituales, no teniendo sino la unidad trascendental, ofrecen un conjunto ó compuesto de elementos varios, que dan, no obstante, por resultado aquella, mediante su origen, su objeto, sus medios y su fin. Uno solo, decimos, es el árbol, y sin embargo se compone de diversas ramas; una la flor, que es un conjunto de hojas reunidas; una la montaña, agregación de piedras y de tierra, y si del órden físico pasamos al moral, uno solo llamamos al hombre que consta de cuerpo y espíritu, y uno añadimos que es el primero y una la segunda, á pesar de que en aquel hallamos diversos miembros y tres potencias distintas en ésta. Lo mismo acontece exactamente con aquellas cosas que compuestas de diversos hechos, solo pueden conocerse ó comprenderse mediante verdaderas abstracciones, como las artes, el comercio, la industria y otro tanto, en fin, acontece con la ciencia, ameno jardín donde se recrea la inteligencia humana, pero en el que si bien es cierto encontramos á primera vista, diversas flores, distintos surtidores de aguas, vária distribución de las unas y de los otros, en todo preside la unidad, que hay en los jardines científicos de nuestra razón, cual en los artificiales, unidad de origen, de objeto, de medios y de fin, resplandeciendo por consiguiente en la ciencia la unidad trascendental, como en todos los demás seres y abstracciones del mundo moral y del mundo material respectivamente.

La ciencia cuyo conjunto le forman los conocimientos de una materia, subordinados á principios establecidos con firmeza ó demostrados con claridad, podía, como anteriormente queda indicado, representarse en un árbol compuesto de dos grandes ramas, las ciencias *teológicas* y las *filosóficas*, ó sea la *Teología* y la *Filosofía*. En efecto, cuanto se ha hablado y escrito del hombre y del mundo, de sus orígenes y condiciones, de su objeto y de su fin; la historia de todos los pueblos, de todas las leyes, de todas las instituciones, pueden resumirse en estas breves y sencillas palabras: Dios y el hombre, es decir, la grandeza y la pequeñez, la Omnipotencia y la nada, el Criador y la criatura. Pues bien, siendo la *Teología* el estudio de Dios, la reunión de conocimientos que acerca del mismo podemos tener basados en la razón y en la fe y la *Filosofía* la que comprende el estudio del hombre y de la naturaleza, en sí y en sus relaciones basadas á su vez en la fe, la razón y la experiencia, con motivo fundado hemos podido decir, que á esas dos grandes ramas pueden redu-

cirse el gran árbol de la ciencia. Sin embargo, la inteligencia humana, ávida de conocer la verdad, que constituye su alimento y sin la que no puede moverse ni vivir, como no es dado caminar entre tinieblas, no pudo contentarse con supérfluos conocimientos, avanzó y subió siempre cual columna de humo que tiende á confundirse con las nubes y cumpliendo la ley de perfeccion, que su mismo Hacedor le impusiera, miró ensancharse ante sí los horizontes de la ciencia, como mira el viajero ensancharse el horizonte sensible, á medida que avanza por la montaña á que asciende. Si en las investigaciones científicas, la razon humana buscó á Dios, único principio y fin, los adelantos de la ciencia fueron un hecho; por el contrario, si llena de vana soberbia prescindió de Él, retrocedió en vez de adelantar y presa del vértigo del abismo, fué á dar en el horrible de la duda y la negacion. Por eso hace muy poco hemos visto, que cuando Dios fué conocido de todos los pueblos y la verdad quedó constituida en patrimonio de todos los hombres con el establecimiento del cristianismo, las ciencias llegaron á su mayor grado de esplendor. Pues bien, entonces, y como lógica consecuencia, las ramas del gran árbol vieron brotar de sí mismas otras ramas accesorias, sin menoscabo por ello de la unidad, pues todas se hallaban unidas al mismo tronco.

La *Teología*, segun estudie en Dios sus atributos y perfecciones y sus relaciones con el hombre, mediante la creacion y la redencion, ó bien apoyándose en el Derecho natural y revelado, trace de una manera clara y evidente el camino que ha de seguir el ser racional para llegar á su verdadero fin, se divide en *dogmática* y *moral*. A su vez la *Filosofía*, cuando, limitándose al hombre exclusivamente, estudia la esencia de su ser, las facultades del alma y sus tendencias, la historia, por decirlo así, de su pensamiento, con los mejores medios de investigar la verdad, llevándole de aquí al conocimiento del *ser* y sus distinciones: cuando le eleva desde el conocimiento del mundo á la investigacion científica de Dios, que promulga á su más perfecta criatura por medio de la razon, la ley que debe guardar para conseguir el Bien, que constituye la aspiracion de aquella: deleitándose en fin ante la belleza infinita, cuyos reflejos son la relativa y finita del mundo material, juntamente con las concepciones artísticas; la *Filosofía* entonces constituye con la *Psicología*, la *Ideología*, la *Lógica*, la *Metafísica*, la *Cosmología* la *Moral* y la *Estética*, el conjunto de las ciencias filosóficas propiamente dichas, primera y principal division de esta rama del árbol de la ciencia. Empero el hombre ha sido criado para vivir en sociedad con sus demás semejantes, y pasando por las alternativas, ó mejor dicho, vicisitudes de familia, tribu y pueblo llega en fin á constituir naciones grandísimas, estados poderosos, donde los ciudada-

nos han de conseguir su fin ligados con el vínculo material del territorio y el moral del poder ó gobierno; necesario es fijar las reglas á que han de atemperarse las relaciones de los unos con los otros, establecer principios cuyas consecuencias sean la justicia en todas y cada una de las partes del todo y hé aquí entonces la *Filosofía* y la *Teología* de común acuerdo, mostrar al poder y á los súbditos el *Derecho divino natural* y el *positivo* ó *revelado* como fuente esclusiva de preceptos justos, dando al mismo tiempo las reglas para deducir de los generales de justicia que contienen, los principios necesarios de aplicacion práctica á la vida de las sociedades, como conjunto de individuos que componen la colectividad en general y al bien de aquellos en particular, formándose de esta suerte *las ciencias morales y políticas* y la *Filosofía del Derecho*.

Y aun no está satisfecha la inteligencia del hombre. él fué constituido rey de la creacion por el Ser Eterno de quien es hechura y un rey debe conocer á todos sus vasallos. El espacio, los cuerpos que constituyen la naturaleza, los distintos fenómenos que se producen en estos y por estos, su composicion, sus propiedades, son el objeto ahora de su estudio y la razon, con la ayuda tambien de la fe, la revelacion con los hechos, satisfacen estos deseos del hombre, reduciendo el espacio á cálculo y medida con *las ciencias exactas*, dando á conocer las fuerzas y agentes de la composicion con las modificaciones que imprimen á los cuerpos y la composicion de éstos, así como las combinaciones á que pueden dar lugar con *las fisico-químicas*, y el carácter y propiedades de cada uno de los indicados cuerpos, mediante *las naturales*, en cuyo estudio encuentra tambien, como antes hemos visto, los medios de conservar su salud y prolongar su vida mediante *las ciencias médicas y farmacéuticas*.

Hé aquí, Señores, el ameno jardín de la ciencia; varias son sus flores, distintos los surtidores de agua que le embellecen, pero á pesar de la variedad existe la unidad, porque en todas y cada una de esas distintas ramas del árbol de la ciencia, hay un origen mismo, Dios; un solo objeto, el hombre; un medio de poseerlas, el estudio y la meditacion de la inteligencia, iluminada por la fe y la razon; un solo fin, la perfeccion del ser racional. Vamos á demostrarlo: con ello corroboramos la proposicion anteriormente probada, de que la Religion contiene la ciencia y al concluir, como no podremos menos de que es así y consiguientemente la Religion una, como el vínculo que liga al hombre con Dios, tambien uno, no podemos menos de proclamar la ley de la unidad que existe en el mundo moral, lo mismo que en el físico, confesando que uno es Dios, una la Religion, una la ciencia.

El hombre fué criado para conservarse y perfeccionarse, doble deber

que comprende como no podía menos, tanto al espíritu como á la materia que le compone, y el cual constituye, con la triple perfeccion moral, intelectual y material, el progreso de una sociedad ó su civilizacion en el sentido propio y verdadero de esta palabra, pues como dice un eminente filósofo antes citado, aquella no puede ser verdaderamente tal «sino á condicion de reunir la triple perfeccion fisica, intelectual y moral en el mayor número posible de sus miembros. Cuando la perfeccion del hombre y el desarrollo de sus facultades se realiza sin obedecer á la ley de movimiento armónico y como paralelo entre las perfecciones parciales indicadas, la civilizacion de la sociedad, no es completa, ni verdadera, ni «sólida» (1).

Pues bien, la Religion, como hemos visto, necesaria al hombre y á las sociedades, satisface las aspiraciones de la inteligencia racional, traza la línea de conducta que debe seguir el ser moral para vivir y obrar en armonía con su fin y por último, conociendo su debilidad, se reduce y concreta, por decirlo así, á la esfera limitada de los sentidos, coadyuvando y facilitando de este modo la triple perfeccion moral, intelectual y material, mediante su dogma, su moral y su culto. La ciencia que constituye la perfeccion de la inteligencia, cuando llega á poseerse, tan íntimamente relacionada con la Religion, cuanto que esta, como queda demostrado, comprende aquella, afecta tambien á su vez un triple carácter, y mirando al hombre moral, al intelectual ó al material, constituye tambien un dogma, una moral y un culto. Expliquemos estos conceptos que á primera vista pueden aparecer un tanto oscuros; de esta explicacion resultará comprobada la unidad de la ciencia.

La Fe, mejor diré, la revelacion, la razon humana ó sea la luz de nuestra alma y la experiencia ú observacion sobre los hechos, constituyen los medios con que cuenta la inteligencia para dirigir sus trabajos de investigacion científica. No todos ellos sin embargo, se utilizan del mismo modo y con igual proporcion; de la misma manera que el pintor al formar en el lienzo la figura concebida en su fantasia ó al copiar un espléndido paisaje, se vale de diversos pinceles y de distintos colores, dando por resultado el buen uso de los unos y la combinacion acertada de los otros, el fin que se propone conseguir, así tambien el cuadro de la ciencia no puede pintarse, siguiendo la comparacion, sin pinceles y sin colores, pero no siempre los unos, ni los mismos, sino utilizándolos segun la índole de la investigacion científica de que se trate.

Á cuatro grupos hemos reducido la ciencia toda; partiendo de la indi-

(1) Excmo. é Ilmo. Sr. Fray Ceferino Gonzalez, Filosofia elemental, Lib. VII, artículo 5.º, seccion 2.ª, cap. II.

cada clasificación diremos ahora que la *Teología* necesita, en primer término, la *revelación*, sin ella no puede subsistir; partiendo de la verdad enseñada por la Fe, puede la inteligencia humana discurrir y raciocinar; prescindamos de aquella y la ciencia *teológica* *desaparecerá* como el humo, ó quedará convertida en las fábulas de la Mitología pagana. La *Teología* al enseñar al hombre á Dios, para que le conozca y le ame, satisface la sed de verdad que devora la inteligencia del primero, atendiendo á su perfeccion intelectual y preparando la moral; ella constituye el dogma de la ciencia, mas como este es el mismo que la Religión proclama, uno es Dios, concluiremos, una la Religión, una la ciencia.

La *Filosofía*, propiamente dicha, es producto de la investigacion racional; es decir, considerada en concreto y con relacion á ciertas verdades, que si bien limitadas cabe llegue el hombre á su conocimiento con el solo auxilio de la razon, es posible se constituya sin el inmediato de la Fe. La inteligencia racional comprende por sí sola la existencia de Dios, puede apreciarse á sí misma, conocerse á sí y á sus semejantes, con el mundo que les rodea y en que viven, pero semejante al niño que si bien puede sostenerse en pié y aun dar algunos pasos vacilantes, le es imposible hacerlo por lugares escabrosos sin el apoyo que le preste la mano de su madre; al pretender el Filósofo remontarse á mayores alturas, buscar las causas de los efectos, relacionar aquellos entre sí, en una palabra, elevar y metodizar la ciencia, tiene ya precisa y necesariamente que buscar el auxilio de la revelacion; de lo contrario, la *Filosofía* ó queda solo reducida á una ciencia embrionaria, ó mira ante sí abiertos los abismos de la duda y en ellos la variedad múltiple, carácter de la falsedad, que no es una como la verdad: testigos elocuentes de ello lo son los filósofos paganos, con tantos sistemas como individuos: testigos tambien los filósofos modernos, materialistas, panteístas y racionalistas, cuyas teorías, que ni aun tienen el mérito de la novedad, pues no son otra cosa sino resurreccion de las de aquellos tiempos, son tan vários y distintos entre sí, que bien puede compararse la ciencia impía, con una nueva torre de Babel.

Vengamos ahora á las ciencias *morales* y *políticas*, entre las que se hallan la *historia* y la ciencia del *Derecho*; en ellas, como en la *Filosofía*, necesita tambien la razon del auxilio de la Fe; que la primera por sí sola ni puede embarcarse en el mar de los luchos sin brújula que le guíe, ni constituir la segunda un órden moral capaz de llevar al hombre á la perfeccion: es una verdad que entre la moral que podemos llamar filosófica y que proviene del *derecho natural* y la moral religiosa, existen diferencias de objeto y medio, pero tambien lo es, que la una y la otra convienen en el fin,

y léjos de excluirse se aunan. En efecto, el objeto de la primera es el hombre, considerado como ser racional criado por Dios y por tanto susceptible de llegar á la posesion de Dios mismo, como su verdadero fin, mientras el objeto de la segunda lo es el cristiano, el hombre salvado y gratuitamente elevado por Dios al órden sobrenatural, por Cristo y en Cristo y destinado á conseguir una perfeccion superior á las fuerzas humanas, como medio de alcanzar tambien el bien sumo. Los preceptos de aquella emanan de la *ley natural*, los de ésta, de la divina promulgada á todos los hombres por Jesucristo: mas, sin embargo, vemos convienen ambas en un fin, la realizacion del humano; la moral cristiana no destruye la moral filosófica, la perfecciona, lo cual consigne mediante la exposicion de verdades reveladas, que pone de manifiesto á la inteligencia del hombre, y á las que éste no puede llegar mediante las fuerzas solas de su razon. Siendo esto así tenemos, que la razon abandonada á sí misma, no puede llegar más allá de lo que preceptúan las *leyes naturales*, y que en lucha el hombre entre sus dos tendencias espiritual é inferior, es más posible se deje seducir por estas últimas, que no el que las sujete á lo que el Derecho natural prescribe por medio de la recta razon, y abandonado entonces á sí mismo, léjos de moralizarse se desmoralizará; en lugar de seguir el camino de la *justicia*, adoptará como vía la senda de la *injusticia*, y no realizando el *Derecho* sino lo torcido, claro es no podrá ir á su fin. Luego al lado de la razon que pone de manifiesto la *ley natural*, es indispensable exista la verdad manifestada mediante la Revelacion, y siendo imposible que el hombre, con sola su razon, pueda llegar á ésta, habremos de concluir que la moral religiosa perfeccionando la filosófica, es indispensable para que el hombre consiga su perfeccion moral verdadera, y por consiguiente, que la razon sin la revelacion no puede constituir ni investigar con acierto las ciencias *morales* y *políticas*.

Además, el Derecho natural tiene su fuerza coactiva, su *sancion* que consiste en la paz y la tranquilidad ó intranquilidad de la conciencia en esta vida, la posesion ó carencia del Bien sumo, que es Dios, en la otra: luego la sancion de la *ley natural*, no puede tampoco conocerse de un modo claro y perfecto, sino mediante la luz de la Fé; podrá tenerse una idea vaga de premios y de penas, crearse un Tártaro y unos campos Elíseos como el paganismo, pero no en que consista el premio ó la pena verdaderamente. Luego concluiremos, que las ciencias *morales* y *políticas*, sin revelacion, no pueden formar un *Derecho humano* perfecto; en prueba de ello invocamos tambien el testimonio de los pueblos antiguos, sus leyes constituidas y mantenidas mediante la fuerza, solo representaban la tiranía, la opresion; tiranía y opresion que no desaparecieron de los có-

digos, hasta que un Dios hombre haciendo conocer á todos los pueblos el *derecho revelado*, estableció el reino de la justicia. En cuanto á la historia, mas tarde, al examinar la cuestion bajo este aspecto, veremos la influencia que en ella ejerce la Religion. Las ciencias *filosóficas* propiamente dichas, con las *morales* y *políticas*, miran á la perfeccion moral del hombre, mas como esta moralidad que constituye su esencia y su objeto no es distinta, como hemos visto, de la que enseña la Religion, tendremos por necesidad que concluir que uno es Dios, una la Religion, una la ciencia.

Llegamos, finalmente, al cuarto grupo de la clasificacion, á las ciencias *exactas, fisico-químicas, naturales, médicas y farmacéuticas*; en ellas la experiencia, basada en los hechos, ayuda á la razon en su trabajo de elaboracion científica; pero no se crea por ello no necesitan para nada del auxilio de la revelacion, al contrario, ésta, como en todas partes, ensancha los horizontes de la ciencia, porque al establecer en Dios un principio y un fin, da la base, el fundamento sobre el que pueda apoyarse el discurso. Además, la razon humana por sí sola no puede ver nada, sino solo entrever lo que Dios quiere que vea y quedaria detenida en su camino, si al encontrarse con un fenómeno que no le es posible explicar, con un cuerpo que no le es dable trasformar, con la funcion de un órgano que ve, pero que no concibe como se verifique, no viniera la Fe á hacerla rendir el homenaje de su adoracion á Dios, y cuando la criatura humillada su cabeza confiesa su impotencia, entonces más que nunca es reina de los cuerpos y de los átomos, de los animales y de los minerales, porque confiesa que toda la creacion refluye, por decirlo así, en el hombre que se une á su Criador y con Él todos los demás seres criados. En este grupo de las ciencias podemos decir hay cuestiones que resuelve la revelacion, otras la razon y otras que están todavia por resolver, pero que si llegan á resolverse por la Religion, ha de admitirlas la ciencia, no oponiéndose aquella á su vez á las que la razon resuelva, siempre que se prueben de un modo racional. Si por el contrario las ciencias de este orden consideran inútil ó desconocen la revelacion, se degradan y degeneran: testigos de nuevo sean los pueblos paganos, entre los que las *ciencias físicas, médicas y naturales*, eran, como en otra parte hemos dicho, mas bien un conjunto de supersticiones, que verdades apoyadas en principios demostrados.

Todas y cada una de estas ciencias, atienden á la perfeccion material del hombre, constituyéndose con ellas como el culto externo de la ciencia á Dios; de la misma manera que la Religion simboliza en las ceremonias exteriores que constituyen el suyo, la sublime grandeza de sus dogmas y la grandiosidad de su moral. En efecto, al meditar sobre la naturaleza creada, examinando todos y cada uno de sus menores detalles encontraremos

que al considerar ora el insecto que se desliza entre la yerba, ora los metales que encierra la tierra en sus entrañas; al fijar nuestra atención, las negras nubes, cargadas de electricidad, ó la rápida comunicación de la luz y los sonidos, lo mismo que los problemas de la vida y de la muerte; no puede menos de reconocerse á Dios en sus obras, y rendirle en el goce la admiración ó el espanto que sentimos, el testimonio de nuestra adoración, el reconocimiento de su grandeza y nuestra pequeñez. Y este Dios, de quien dan testimonio los minerales y las plantas, los animales y los astros, la electricidad y la luz, la vida y la muerte, es el mismo que la Religión nos muestra, teniendo, por consiguiente, que concluir, que uno es Dios, una la Religión, una la ciencia.

Existe como vemos en todos y cada uno de los diversos ramos de la investigación científica una verdadera unidad; en su origen, porque la ciencia procede de Dios, verdadero autor y fuente de toda ciencia; en su objeto, porque todos y cada uno de sus diversos ramos se proponen el bien del hombre, satisfaciendo las aspiraciones de su inteligencia racional, en sus medios, porque la Fe y la razón de comun acuerdo, ora discutiendo la segunda sobre las verdades propuestas y enseñadas por la primera, ora ésta auxiliando y completando la investigación de aquella, son los únicos medios de alcanzar la ciencia y en su fin, porque todas las distintas ramas en que el árbol se divide dan un solo fruto, la perfección del hombre moral, intelectual y material; y conteniéndose, refiriéndose y relacionándose entre sí esta triple perfección, con la Religión en su triple aspecto de dogma, moral y culto, mediante ser también en ésta iguales y unos su origen, su objeto, sus medios y su fin; concluiremos volviendo á la comparación que nos sirviera de punto de partida y haciendo á ella la aplicación práctica, que en el jardín de la ciencia contemplamos, mediante las ciencias *exactas, físicas y naturales*, flores preciosas, plantas arrogantes, árboles y arbustos de singular magnificencia; el orden y armonía que reina en su colocación, con el auxilio de las *ciencias morales y políticas*, mientras las *filosóficas*, propiamente dichas, convidan á elevarnos, cual cristalinos surtidores de agua, hasta el Cielo, que cual mágica techumbre se ostenta sobre nuestra cabeza y en donde se nos muestra el soberano origen de la verdad por medio de la sagrada *Teología*; iluminando este bello conjunto, la luz purísima de la revelación que desciende del Cielo á la tierra llevada por la religión, y por tanto, uno es el jardín, unas las flores, unas las fuentes, una la luz, uno el Cielo; uno es Dios, una la Religión, una la ciencia.

Síguese de aquí, no puede existir antagonismo alguno entre la Fe y la razón, como en vano se ha querido sostener y demostrar en nuestros tiem-

pos. ¡Antagonismo! Tanto valiera decir existe entre el edificio y su cimiento, entre la raíz y la planta, entre el alma y el cuerpo. No, ese antagonismo ha sido engendrado por las pasiones humanas, que en forma de ignorancia, orgullo ó exclusivismo científico, han querido inventar lo que no conocían, y sostener despues sacrificando, digámoslo así, la verdad en aras del amor propio, la falsedad de la teoría inventada revistiéndola con los ropajes que se arrebataron á la verdad al sacrificarla. Mas cuando acabamos de ver con la razon de una parte y los hechos de otra, que aquella no puede por sí sola descubrir sino muy pequeño número de verdades y que la ciencia se emancipó, cuando el hombre rompiera las cadenas de la esclavitud en el establecimiento del cristianismo, tendremos que concluir uniendo nuestra voz á la de la Iglesia docente, que «la apariencia de contradiccion entre la Fe y la razon, nacen de que no se exponen y entienden los dogmas de la primera, conforme á la mente de la Iglesia, ó de que se toman como razones, hipótesis y sueños» (1).

Por ello, para terminar este desalinado trabajo, y como última prueba de la unidad de la Religion y de la ciencia, reflejo de la unidad de Dios, de quien ambas proceden, voy á demostrar con la brevedad posible, como la Iglesia ha cooperado siempre á la perfeccion de la inteligencia y cuán inexacto es y cuán falsos son los datos de que parten sus impugnadores para probar lo contrario.

Si en lugar de un discurso, escribiera una obra de controversia, punto por punto expondría á vuestra ilustrada consideracion, las diversas materias en que la incredulidad pretende encontrar en lucha la Fe y la razon, ya en las ciencias *teológicas* tratando de la unidad de Dios, ya en las *filosóficas* sobre la naturaleza del alma, ya en las *naturales* sobre el origen del mundo, ya aun, finalmente, explicando las *médicas*, determinados fenómenos del cuerpo humano. Con datos clarísimos y argumentos irrefutables demostraría hasta la saciedad la inexistencia de esos pretendidos conflictos, tarea tanto más fácil, cuanto que escritores insignes se han dedicado á desempeñarla y hasta leer cualquiera de sus obras, para convenecerse de lo calumnioso de la acusacion que se lanza contra la Fe (2). En la imposibilidad de hacerlo; para no apartarme del objeto que me he propuesto, ni salir de los justos límites que debe tener un trabajo de la índole del presente, me concretaré á los indicados puntos, es decir, á leer en la historia de la civilización de los pueblos, la más brillante página que contiene, la evidencia de la influencia del cristianismo en la perfeccion de

1. Orinal y Compañía, *Escuela de la Fe*, comp. V. *La Fe y la ciencia*.

2. *La Fe y la ciencia* es el primer tomo de la obra: *Contestacion á la Historia del Conflicto entre la Religion y la ciencia* de Draper, por D. P. Cantaró, *América de la Fe*, por Dr. Chet. *Cosmogonia de Moisés* y otras.

la humanidad; de esta suerte y en armonía con el plan seguido en las dos partes anteriores, lo mismo al tratar de la unidad de Dios, que de la Religión, al hacerlo de la científica, al lado de la razón hallaremos los hechos, la historia corroborando la filosofía.

La Iglesia ha protegido, protege y protegerá siempre la ciencia; su divino fundador al establecerla, no encargó á sus apóstoles fueran por todas partes á oscurecer las inteligencias, ni anonadar la razón, no, *id*, les dijo, y enseñad á todas las gentes, y he aquí ya constituido un verdadero profesorado, una verdadera cátedra, la cátedra de la verdad; y los enviados de su maestro cumpliendo la misión que se les confiara, enseñaron y enseñando vienen sus sucesores el dogma, la moral y el culto, es decir, la base de la perfección intelectual, moral y material. Las cuestiones más abstractas y oscuras de la *Teología* y de la *Filosofía*, el conocimiento de Dios, sus relaciones con el mundo y las de las criaturas con el Criador, el fin del hombre y los medios de conseguirlo; todos y cada uno de estos problemas insolubles para Platon y Aristóteles, los encuentra hoy resueltos el tierno niño, mediante la inteligencia del símbolo de la fe católica. Y es que la ciencia no consiste sola y exclusivamente en el estudio de los fenómenos naturales, no, esto, que por decirlo así, se palpa con los sentidos, comprende solo la parte más inferior, la más gruesa de la ciencia; para que la ilustración sea su lógica consecuencia y de esta suerte pueda llegarse en los pueblos al verdadero progreso, es indispensable antes instruir la inteligencia, inspirar al corazón el sentimiento de su dignidad y he aquí precisamente lo que hace la Iglesia católica.

Empero vengamos á un orden de cosas más concreto, en demostración de que ella no se ha opuesto ni se opondrá nunca á la difusión de los conocimientos científicos; apenas se verifica el triunfo de la cruz, cuando la Iglesia, aprovechándose del beneficio de la paz concedido por Constantino, utiliza en provecho de la ciencia y de la enseñanza, los elementos de la literatura griega y latina; el ardiente celo por llevar la luz divina de la verdad á países desconocidos, hace que denodados sucesores de los Apóstoles, se aventuren por ignotas regiones buscando inteligencias que ilustrar, corazones que conmovir, espíritus, en fin, á quienes era preciso mostrarles el Bien sumo y el camino que conduce á él; para ello los misioneros cultivan difíciles idiomas y oscuros y complicados dialectos, forman gramáticas y diccionarios para enseñanza de otros y comunicándose de esta suerte el idioma de todas las regiones y la riqueza de sus literaturas, surge de aquí el estudio comparativo de las lenguas y se forman la filología y lingüística, con el auxilio y mediante los sacerdotes y misioneros de la Iglesia católica; al paso que con las noticias referentes á los

lugares que recorrian, la geografía se ilustra y se enriquecen las ciencias naturales.

Incalculables son por otra parte los beneficios hechos á la filosofía por los Concilios, sobre todo generales ó Ecuménicos. Las heregías en ellos combatidas envuelven, por regla general, algun punto filosófico mal explicado, y en aquellos, mediante la controversia, con los argumentos y sus contestaciones, se expone la noción de la más alta filosofía, las sentencias más agudas y la más refinada crítica de los Padres de la Iglesia y de los filósofos griegos, y esta misma historia, de cuyos hechos me valgo para aducir estas pruebas, esta misma historia no existiría si el Cristianismo no la hubiese elevado á la categoría de ciencia. La historia necesita unidad, la relacion distinta de los acontecimientos humanos, sin el vínculo de union de los principios fijos, no es historia, era necesario para crearla que el ángel de la caridad batiendo sobre todos los pueblos sus blancas alas, hiciese de ellos una sola familia, sin distinciones de señores y siervos, nobles y plebeyos, ingénuos y libertinos y el «cristianismo, como dice un célebre historiador, elevó la historia á ciencia universal en el instante en que al proclamar la unidad de Dios, proclamó la del humano linaje; y enseñándonos á rezar el *Padre nuestro*, nos hizo reconocer á todos como hermanos, solo entonces pudieron nacer la idea de la armonía entre todos los tiempos y todas las naciones, y el pensamiento filosófico y religioso del progreso perpetuo é indefinido de la humanidad hácia la grande obra de la regeneracion y del reinado de Dios. San Agustín, Eusebio, Sulpicio, Severo y algunos otros escritores de los tiempos de la decadencia del imperio romano, consideraron de esta manera la historia, la edad media, mas ocupada en fabricar el porvenir que en reflexionar sobre lo pasado, sepultó su voz en el olvido, hasta que en esa voz se inspiró Bossuet en su sublime *Discurso*, único que hermana la observacion de los modernos con la exposicion de los antiguos y que reúne á una erudicion vigorosa un estilo inimitable. Contemplando Bossuet el mundo desde la altura del Sinai, á la vez que notifica á los poderosos duras y desusadas verdades, tomadas del libro infalible y que manifiesta la vanidad de las cosas mundanas; señala el fúnebre séquito de naciones y reyes, que pasan de la vida á la muerte, siguiendo el camino indicado por el Señor; como si las naciones no estuvieran destinadas mas que á formar el acompañamiento del Mesias esperado ó concedido» (1).

Pasemos de la edad antigua á la media, á ese periodo de tiempo en que por doquiera no se escucha sino el estruendo de las armas y en el que

1. César Guillo, prólogo de la Historia Universal.

todo el territorio del antiguo imperio romano, parece convertido en un inmenso campamento; pues bien, allí tambien veremos á la Iglesia, utilizando, si cabe decirlo, esa misma lucha en provecho de la civilizacion, al par que velando porque no se perdieran los tesoros de la ciencia. En efecto, el espíritu religioso y caballeresco de la edad media, engendra y sostiene las distintas expediciones que con el nombre de cruzadas, se hicieron desde Occidente al Oriente para rescatar los Santos lugares del poder de los infieles: una crítica apasionada ó ignorante podrá encontrar solo en esas guerras una lucha efimera, en que se agotan los tesoros de las naciones de Europa y perece la flor de la juventud; pero cuando se examinan con detenimiento, reflexionando cuál era el estado de los pueblos occidentales antes de verificarse y pensando con calma sus consecuencias, no podrá menos de confesarse que aparte del inmenso beneficio que hicieron á la causa de la civilizacion, impidiendo la invasion de los sectarios de Mahoma, nuevo torrente de bárbaros, que amenazaba inundar la culla Europa; débese á las cruzadas la extincion de las luchas particulares que los señores mantenian entre sí, en Francia, en Alemania, en Italia ó Inglaterra; luchas que destruian á los pueblos, llevando como compañeros inseparables el robo, el asesinato y la violencia. Con ellas tambien hubo de desarrollarse el comercio entre naciones que antes ni aun se conocian, los europeos se adiestraron en la marina, ocasionando el invento de la brújula y preparando, podemos decir, el descubrimiento del Nuevo Mundo; las ciencias se restablecen y propagan en Occidente; los sumos pontífices al intento de convertir á la Religion cristiana los pueblos orientales, crearon escuelas para la enseñanza del árabe y costeados por ellos, por los reyes y por los prelados, hubo profesores de este idioma en París, en Oxford, en Bolonia y Salamanca, los cuales tenian, al mismo tiempo, la obligacion de verter al latin las mejores obras del Oriente. Las cruzadas suavizaron la suerte de los cristianos orientales, nos trajeron el conocimiento y el gusto de una multitud de artes: entre ellas esa arquitectura gótica, que alcanzó entonces el mayor esplendor, y finalmente, las cruzadas produjeron la total emancipacion de las clases pobres. Es verdad que la Religion, difundiendo desde su establecimiento la virtud santa de la caridad, tendia á la extincion de la servidumbre y preparaba los ánimos para la constitucion de la libertad universal, de esa libertad que no excluye el poder ni la subordinacion; pero efecto de las circunstancias aun no habia producido todas sus consecuencias aquel principio salvador; muchos siervos ya eran libres, pero aun quedaban muchísimos sin haber conseguido serlo, cuando hé aquí que acontecen las cruzadas y entonces los señores emancipan sus esclavos, ora con el objeto de adquirir fondos, ora como

consecuencia de los piadosos votos que hacen, si la victoria corona sus esfuerzos ó consiguen volver sanos y salvos á su patria (1).

Empero si la guerra beneficia los intereses de la civilizaci6n, si de ella, como vemos, saca partido la Iglesia cat6lica en provecho de esta, es indispensable que durante el per6odo de su duraci6n no se pierdan de un todo sus g6rmenes. La lucha es enemiga de la ciencia porque simboliza la fuerza y la verdad que aquella entraña necesita paz, como el sol para tener todo su brillo exige un cielo despejado, sin que ninguna nube empañe el horizonte: mas no hay que temer, la ciencia no se perderá; ahí están los monasterios, verdaderos asilos de la literatura, en ellos, á costa de innumerables trabajos y sacrificios se conservan y copian los c6dices de las antiguas bibliotecas, sin ellos las literaturas griega y romana no hubieran llegado hasta nosotros, pudiendo por tanto asegurar fueron verdaderas áncoras que impidieron naufragase la nave de la ciencia durante la desecha tempestad que rugía en rededor. Y no solo se conserva sino que se extiende, poniendo, apenas la paz se restablece, en manos de todos, las riquezas literarias del Universo. «Muy contados eran antes del cristianismo, dice un historiador, los libros que se poseían: cada naci6n apenas conservaba los escritos de su propia lengua, Grecia los griegos, Italia los latinos. Mas en la cristiandad acontece de distinta manera: pues tiene un libro universal que vive y habla, vive en todos los siglos, habla á cuantos pueblos existen y en todas las lenguas enseñando todas las verdades y condenando todos los errores, capaz de satisfacer por sí solo las necesidades de un alma fiel, tal es la Iglesia de Dios. Y como la Iglesia combate todos los errores de todas las naciones y lenguas, fuerza es que por medio de sus Pontífices y Doctores las sepa todas, así como las ciencias y libros... compuestos en extrañas lenguas, para los que no hay diccionario ni gramática disponible, libro de precio exorbitante, superior á la fortuna de la inmensa mayoría de los hombres» (2).

La Fe estimula á la raz6n, la presta aliento, la muestra la corona de los vencedores; la Iglesia, poseedora de la primera, tiende á difundirla con la ciencia y dando testimonio de ello y para su gloria, coopera á la fundaci6n de las Universidades de Oxford, Cambridge, Aberdeen, Praga, Tolosa, Lovaina, Viena, Ingolstadt, Leipzig, Aviñ6n, Basilea, París, Roma, Bolonia y Ferrara, con las de Salamanca, Lérida y Alcalá en nuestro país. Con la fe por guía y el entusiasmo religioso en el coraz6n, brillan en aquellos siglos cual antorcha refuigente el Angel de las escuelas, el egregio doctor Santo Tomás de Aquino, el filósofo Boecio, el venerable Beda, Casiodo.

1. Michand. *Historia de las Cruzadas — apologeta de seculo barbaico.*

2. *Wolffbocher. Historia de Eglise catholique.*

San Bonifacio de Maguncia, el Damasceno; Alcuino el propagador de las ciencias, San Pedro Damian, San Anselmo, San Bernardo, Pedro Lamberto, San Isidoro de Sevilla, Graciano, Escoto y otros notables escolásticos. La virgen poetisa, la humilde religiosa de Gandershim en Hannover, la admirable Roswihl, estudia latin, griego y la filosofía de Aristóteles, cultiva la música y la poesía, compone dramas en que sobresale la delicadeza y el sentimiento religioso, siendo la admiración de su siglo. Herman Contracto, monje benedictino consigue sobresalir en Geometría, Astronomía y Música; Herrada, abadesa de Santa Odila, de la noble casa de Landsberg, sorprende con la erudición que demuestra en su enciclopedia *Hortus deliciarum*, como Santa Hildegarda con su tratado de Historia natural; Bertier, abad de la congregación de Monte Cossno, da curso de medicina; Rogerio Bacon establece el principio de la experiencia para las ciencias naturales, hablando del telescopio y microscopio y previendo los barcos de vapor y los globos aerostáticos; Alberto el Grande, con sus obras filosóficas y sus tratados de Historia natural, y otros mil y mil nombres ilustres que es imposible citar en los estrechos límites de un discurso, dan público testimonio de que la fe y la razón son hermanas, de que lejos de existir antagonismo entre ellas, se unen con el abrazo de la fraternidad, para poner á disposición de la inteligencia humana los tesoros de la ciencia que es una, como uno es Dios y una la Religión. Sin la fe no se hubiera inventado la imprenta, sin la fe no se hubiera tampoco descubierto el Nuevo Mundo. Católicos fueron los primeros impresores, católicas las primeras obras que se imprimieron, católico Colon que debe á un religioso la realización de su pensamiento; la fe elevó la Cruz allende los mares y destruyendo preocupaciones hijas de los verdaderos siglos del oscurantismo, animó á la razón para abrirse camino por regiones desconocidas y hacer que la luz de la verdad resplandeciese entre los bosques vírgenes de la América.

Si de los tiempos medios venimos á la época moderna, aun mas embrazados hemos de encontrarnos para elegir entre tanto nombre ilustre como la historia nos presenta, de varones eminentes que á un tiempo fueron hijos fieles de la Iglesia católica y esplendorosos astros del Cielo de la ciencia; entre tanta corporación científica fundada por aquella y entre tanto esfuerzo como hizo para conservar y difundir los adelantos científicos, de la propia suerte que en la época anterior.

No hablaremos pues de la Academia fundada por el Marqués Cesi en Roma, que tanto contribuyó á dar impulso á las ciencias matemáticas, filosóficas y naturales, ni de la del Cimento, á cuyo fundador honró el Sumo Pontífice con el capelo, ni de la Agustiniána, en la que sacerdotes

y religiosos fomentaban los estudios científicos. No mencionaremos á Fray Lúcas Paccioli, ni á Cavalieri el primer catedrático de la Universidad de Bolonia que facilita el estudio de la Geometría; para nada nos ocuparemos de los estudios hechos en Astronomía por los PP. Jesuitas Ramberg y Grassi, que conoció los eclipses de los cometas, como Scheiner, y últimamente el renombrado P. Sechi las manchas del sol, haciendo muchas observaciones sobre este astro (1); diremos solo que en Matemáticas como en Astronomía, en Ciencias naturales como en Geografía en todos las ramos del saber humano, los sacerdotes, los religiosos, los católicos fieles á su Religión y á su Dios proclaman con sus descubrimientos y sus triunfos, la armonía que existe entre la Fe y la razón, la unidad de origen, objeto, fin y medios, que liga en unidad la Religión y la ciencia (2).

Al acrecentamiento de las misiones en el siglo XVI se deben los innumerables descubrimientos, que en ríos, montes y volcanes han dado á conocer los misioneros, enriqueciendo á la vez con observaciones y apuntamientos las Ciencias naturales y la Medicina. Á ellos se debe la propagación de la quina, la goma elástica, la vainilla, el bálsamo de copaiba y el rubiarbo. Los frailes agustinos han escrito la flora de Filipinas y si el nombre dado á la planta descubierta inmortaliza el del autor del descubrimiento, todos los aficionados á Botánica saben que las camelias toman su nombre del P. Jesuita Camelli quien las introdujo en Europa (3); como los géneros *Mutisia*, *Gomara*, *Venegatia*, *Saradra*, *Sarmienta* y otros son nombres de otras tantos autores botánicos eclesiásticos españoles (4).

El primer gabinete de Historia natural que existió en España se debe á un fraile agustino, al P. Flores, eruditísimo autor de la España Sagrada y otras obras de reconocido mérito literario. Poseedor de un gabinete de Historia natural y por tanto inteligente en la materia, fué comisionado por el Gobierno para adquirir el que tenía en París D. Pedro Dávila, por cuenta del Estado, como se verificó, pudiendo, por consiguiente, decir el historiador del indicado religioso, que puede mirársele como autor del estudio y gusto de varias ciencias, singularmente de la Historia natural «pues procuró despertar este deleitable estudio y ver si podía introducir alguna emulación de las maravillas divinas, recogiendo lo poco que puede un religioso» (5).

La Iglesia, pues, que reserva bendiciones especiales para cada uno de los inventos que ensanchan el horizonte del campo de la ciencia; la

1. Flammarion. *Étoiles sur l'Étérennes*.

2. Véase también á este objeto la obra *Le Botanicum* del P. Camara. Conf. station à Drapper.

3. Bonillet. *Dictionnaire des sciences, art. camelie*.

4. Colmeiro. *La Botánica y los Botánicos de la península hispano-lusitana*.

5. P. Múñez. *Noticias de la vida y escritos del P. Flores*.

Iglesia que la proclama al disipar las tinieblas del mundo antiguo, que la conserva y difunde en los siglos medios, utilizando, como hemos visto, hasta las guerras, y la protege en los tiempos modernos; la Iglesia, de cuyo seno han salido tanto sábio ilustre, tanta distinguida corporacion científica; no es, no puede ser enemiga de la civilizacion, y habremos de concluir, en vista de pruebas históricas tan evidentes, diciendo con un docto escritor que ella «abolió la esclavitud, enaltecíó á la mujer, santificó la familia, desterró el despotismo cesarista, suavizó las costumbres y fiestas de los bárbaros, descubrió y condenó las supercherías y malas artes, roturó los campos, fomentó la agricultura, las artes y oficios, amparó con su caridad los viandantes, fundó las Universidades, acrecentó las bibliotecas y esmaltó la sublime ciencia del saber divino. Que con las cruzadas y los Concilios reprodujo la cultura y reveló los secretos del antiguo mundo; con la fe de Colon descubrió las preciosidades de otro nuevo; y con el saber de Cusa, Müller y Copérnico puso en claro las grandezas de los cielos. ¡Dos mundos y un Cielo amorosamente abrazados por la fe y el amor!» (1). Luego concluiremos no puede existir, no existe de hecho antagonismo alguno entre la Fe y la razon, uno es Dios, una la Religion, una la ciencia.

En vano la ignorancia ó el orgullo productor del exclusivismo científico han pretendido sembrar la cizaña entre aquellas dos hermanas, hijas de Dios, de la misma manera que al sostener no ha cooperado á los adelantos de la ciencia; la historia, como acabamos de ver, contesta demostrando es esta una imputacion calumniosa; así tambien con la historia en la mano puede probarse que jamás ha querido apagar la luz de la civilizacion y sumir los pueblos en la oscuridad de la ignorancia.

En verdad, no hay que demostrar este último extremo; probado como está evidentemente el primero; ó la lógica deja de ser lo que es, ó si aceptamos que la Iglesia cooperó siempre á todos los adelantos científicos, preciso es concluir que no se opuso á ellos. Sin embargo, de la fuerza de este raciocinio, los enemigos de la unidad, los que á toda costa pretenden introducir conflictos entre la ciencia y la fe, apoyándose en determinados hechos que la historia contiene, como la condenacion de las teorías de Galileo y otros análogos, no vacilan en fulminar una acusacion contra la Iglesia de enemistad con el progreso científico, basada en que, en los dichos casos concretos, se opuso á determinados adelantos, que más tarde, no obstante, hubo de admitir, declarándose en vergonzosa derrota. Mas cuando se trata de lanzar y sostener una acusacion, es pre-

(1) P. Cámara. Obra antes citada.

ciso ante todo conocer los hechos capitales que forman su base y las circunstancias en que tuvieron lugar, para deducir, con fundamento, si debe prevalecer ó si por el contrario el acusado merece la absolucion, y la pena contra él pretendida debe recaer sobre el acusador, con la ignominia que merecen los calumniadores.

Pues bien, procediendo en este órden lógico de defensa, no perdamos de vista lo que se ha dicho en órden á la unidad: la fe y la razon, ora como base la primera de los discursos de la segunda, ora aquella contemplando, perfeccionando y extendiendo los horizontes de ésta, siempre auxiliándose mutuamente, siempre abrazadas cual dos hermanas que entrañablemente se aman, las hemos visto constituir la base de la ciencia en sus diversos ramos. Cuando se trata de alguna de aquellas verdades que la razon puede alcanzar por sí misma, sin la ayuda de la revelacion, en los casos en que no existe antagonismo entre el invento ó adelanto científico y la fe, ésta jamás se ha opuesto á él y hemos visto, en el curso de las generaciones que pasaron, á la Iglesia bendiciendo y aceptando la imprenta y auxiliando á Colon para que se lanzara con sus carabelas en busca de las desconocidas regiones, que guardaban los límites de la mar tenebrosa; de la misma manera que en los tiempos actuales, la hemos visto y la vemos tambien todos los días, bendecir y aceptar la locomotora, el telégrafo y el teléfono. Mas cuando el adelanto ó el invento necesita buscar su apoyo en la revelacion y lo hace de un modo arbitrario, sin antecedentes ni pruebas, la Iglesia, fiel depositaria de aquella, centinela avanzado de la verdad, se opone y exige lo que exigiría cualquiera que estando en posesion de un prédio, viniera un tercero á disputárselo, títulos justificativos, demostracion de la razon de pedir. Lo hemos dicho antes, las cuestiones relacionadas con las ciencias, que miran á la perfeccion material del hombre, cuando no se hallan resueltas ni por la razon, ni por la religion, ésta las admite si aquella las prueba. Y esto precisamente es lo que sucedió en todos y cada uno de estos casos, como en el antes indicado de Galileo: su teoría en aquella época no pasaba de ser una hipótesis, hipótesis combatida y negada por multitud de sábios de su tiempo; Galileo, en demostracion de su teoría, interpretaba en sentido figurado el sagrado texto; y la Iglesia, único tribunal competente para interpretarlo, sigue en esto las reglas de *hermenéutica* legal mas comunes y conocidas de todos; cuando la ley es clara, no debe interpretarse á pretexto de penetrar en su espíritu; cuando los hechos ó las circunstancias á que haya de aplicarse su precepto, exijan esta interpretacion, es solo cuando debe verificarse y lo repetimos, probado está que en los tiempos del sábio citado, la ciencia venia conforme con lo expresado literalmente en el sagrado texto; la Igle-

sia se opuso á su interpretacion, pero no ahogando la investigacion científica del estudioso, sino pidiendo solo títulos justificativos de la razon de pedir pruebas de la verdad de la doctrina aueva que se emitia; cuando estas pruebas vinieron, la Iglesia las aceptó, impidiendo de esta suerte llegara á turbarse, ni por un momento, la íntima union que existe entre la fe y la razon. Esto no es oponerse al adelanto científico, no; es solamente cumplir con fidelidad su encargo de defensora de la verdad, de la unidad de la ciencia. A donde iríamos á parar si todas las teorías, si todas las invenciones, si todos los sistemas, se aceptaran sin discusion, sin exámen, sin pruebas: iríamos al caos, á la variedad, á la falsedad.

Supongamos por un momento una fortaleza rodeada de enemigos; su guarnicion resistiéndose contra ellos se defiende detrás de sus murallas, desde cuyas almenas ejerce al mismo tiempo la mayor vigilancia sobre los movimientos del ejército contrario. Los centinelas de pronto avisan que un nuevo cuerpo de tropas avanza hácia las puertas del castillo, que hacen señales y piden se baje el puente levadizo para entrar, son fuerzas que vienen en auxilio de la guarnicion de la plaza; pero solo cuando su jefe se ha cerciorado de ello, es cuando permite franquearle los fosos. Si así no obrara, no sería prudente, se exponía á que los enemigos, teniendo fácil acceso, se apoderaran en breve de la plaza, pasando á cuchillo ó reduciendo á cautiverio su guarnicion. Pues bien, la verdad contenida en la ciencia, está defendida de los ataques del error por la fortaleza inexpugnable de la Religion que la contiene; la falsedad pretende abrir brecha en las murallas para penetrar en ella y destruir y aniquilar, si posible fuera, á la verdad: los nuevos adelantos científicos, son como fuerzas auxiliares que vienen á aumentar el caudal de los conocimientos existentes; mas no es posible, sin reconocer antes si se hayan en oposicion ó no con la verdad, franquearles la entrada, porque si están en oposicion con ella, no constituyen verdad sino falsedad, que aquella es una, como la Religion que la contiene, como Dios de quien emanan; y la Iglesia, por tanto, no se opone á la civilizacion ni á la ciencia, exigiendo pruebas de ser verdaderamente tales los nuevos adelantos ó inventos científicos; antes al contrario, se muestra protectora de la verdadera ciencia que entraña la verdad: luego la acusacion que se atreven á lanzar contra ella de ser enemiga del progreso se vuelve contra los mismos acusadores, que además llevarán consigo el padron de ignominia que acompaña siempre la calumnia; luego no hay, no puede haber conflicto entre la ciencia y la fe, porque en la una y en la otra resplandece la refulgente luz de la unidad.

Vamos á dar fin á este mal escrito discurso, haciendo un breve resumen, síntesis de la doctrina expuesta. El hombre es un compuesto de espíritu y materia; su cuerpo material, sujeto á la destruccion y á la muerte, es solo el vaso que encierra un alma imperecedera é inmortal. Á la negacion que el epicurismo antiguo y el materialismo moderno han hecho de tan sublime verdad, se opone la afirmacion de la recta razon y la historia de la humanidad misma. En armonía con este noble elemento de su ser, el hombre levanta erguida su cabeza, cuenta los astros del firmamento, avrigua el curso de las estaciones, esclaviza el rayo y hace, en fin, que las ondas de los mares se inclinen sumisas ante sus plantas y apreciando el movimiento armónico de toda la creacion é imperando sobre todos los seres creados, llega hasta el conocimiento de Dios á quien rinde sus adoraciones.

Dios uno, la unidad de Dios, como principio y base fundamental de toda ciencia: demostrándolo así hemos presentado pruebas sacadas de la historia y de la filosofía y la una y la otra nos han explicado este sublime dogma, como origen y fundamento de la unidad trascendental de los órdenes moral y material, en términos de que, cuando los pueblos se han separado del mismo rechazándolo, han visto entreabrirse á sus piés el sepulcro de su ruina intelectual y moral; porqu el hombre no puede inventar la ciencia ni crear la luz, que ambas provienen de Dios, criador supremo y fuente de verdad que ilumina la inteligencia racional. Empero conocida la resplandeciente antorcha destinada á iluminar las sombrías regiones de nuestra ignorancia, es indispensable lleguen hasta nosotros sus fulgores, lo cual hemos probado se consigue mediante la Religión, vínculo misterioso que uniendo al Criador con sus criaturas, hace comprendamos la ciencia mediante los primeros rayos de la luz de la Fe: es decir, la unidad de Dios produciendo sublimes influencias en el órden religioso, que constituye toda la grandeza del hombre. Al llegar aquí, la verdad se nos ha presentado constituyendo el alimento del espíritu, á quien causa la muerte su ignorancia, y en la imposibilidad el hombre de inventarla, Dios se la trasmite mediante la Religión, la cual, en armonía con su origen, ha de ser una y consecuencia de esta unidad, ha de proponerse el bien y formar en su conjunto una série de verdades, que partiendo del hombre y remontándose por entre las generaciones que pasaron llegue hasta el trono del mismo Dios: de donde se sigue, que la Religión contiene la ciencia, que no pueden separarse, como es imposible hacer una abstraccion entre el sol y los rayos de su luz. Sentados estos precedentes y con facilidad suma, ha aparecido ante nuestra vista la divina Religión de Jesucristo, como sol brillantísimo que desde hace diez y nueve siglos ilumina el Universo entero,

mostrando con su dogma, con su moral y con su culto, la ciencia una, fuente de toda grandeza del hombre y en cuya Religión por consiguiente se encuentran todos los caracteres que debe tener aquella, siendo una, santa, católica y apostólica; en demostracion de lo cual, y siguiendo el mismo método que al hablar de la unidad de Dios, al lado de las pruebas filosóficas, hemos presentado las históricas, viniendo á deponer como testigos cuantos en el curso de diez y nueve siglos combatieron por la verdad ó partidarios del error fueron vencidos por aquella.

¡Uno es Dios! ¡una la Religión! hemos exclamado al llegar aquí y la lógica inmediatamente ha deducido de aquellos antecedentes la consecuencia de que una también es la ciencia, y con efecto, una vez fijado el concepto científico, ha podido verse con la mayor claridad, que la ciencia es una, por su origen, su objeto, su fin y sus medios; pudiendo el hombre, mediante ella, apreciar la armonía del mundo material y del orden moral, y levantarse en alas de la revelacion hasta llegar al cielo á beber la ciencia en la fuente purísima de la verdad. Al ver como la Fe sirve de apoyo á la razon en las investigaciones científicas y abre ante su vista dilatados horizontes, no hemos podido menos de confesar no existe desacuerdo ni puede existir entre la ciencia y la fe y que aquella está comprendida en la Religión, que muestra al hombre por su medio, el camino más recto para llegar al fin porque se ha criado, consiguiendo la triple perfeccion *moral, intelectual y material*, el verdadero progreso y con él la posesion del Bien sumo en la vida futura; y cuando la historia á su vez nos ha enseñado en el trascurso de los siglos, la revelacion, auxiliando y perfeccionando la ciencia, no hemos podido menos de concluir que esta se halla comprendida en la Religión, que si bien son distintos los canales por donde comunica á nosotros, una sola es la fuente, si múltiples las ramas, uno solo el árbol que las sostiene y vivifica, en una palabra, que uno es Dios, una la Religión, una la ciencia.

Excmo. Sr., Señores, concluyo ya de molestar vuestra respetable atencion; pero permitidme aun dos palabras antes de terminar: la primera será para vosotros ilustres y distinguidos miembros de esta corporacion científica, es una palabra de súplica, es un ruego que quiero dirigiros. Estoy muy lejos de creer haye desempeñado fielmente mi cometido, ¡cuántos errores contendrá mi trabajo! ¡cuántas omisiones! ¡cuántos descuidos! Dispensármelo todo: para conseguirlo, como hice con mi primera publicacion, invoque el nombre de mis queridos maestros, muchos de ellos ya no viven desgraciadamente, pero sin embargo, declarando solemnemente que si algo bueno se encuentra en este trabajo, se debe á ellos, y lo que no merezca aprobacion, culpa de mi limitada inteligencia, que no supo

apreciar sus sábias explicaciones; quiero dedicarlo para honrar la memoria de los que murieron, como justo tributo de gratitud á los que existen, y escudándome con sus nombres, no dudo obtener la indulgencia que espera de este respetable claustro, el discípulo de ayer, el compañero de hoy, el amigo de siempre.

La segunda y última palabra es para vosotros, jóvenes alumnos que pisais el recinto de esta Universidad, ávidos de adquirir y conocer la ciencia: ya lo habeis oido, ella constituye como un delicioso jardín; en él, mientras unos contemplais las bellezas de sus flores en las ciencias *exac-*
tas, físico-químicas, naturales y médicas, otros se deleitarán en el orden armónico que reina en su distribución, con el estudio de las *morales y políticas,* mientras algunos querrán elevarse hasta el cielo con las *filosóficas* que suben cual surlidores de agua para contemplar allí con las *teológicas* el sublime manantial de verdad que reside en Dios. Pues bien, en cualquiera de estos estudios, no olvideis, que como decia elocuentemente hoy hace cuatro años desde este sitio, un insigne y distinguido miembro del profesorado de esta escuela y muy querido amigo, no olvideis que podeis ser «mañana la esperanza y el porvenir de vuestra patria querida. Mas no dudeis que para realizarlos dignamente, solo hay un camino, el de la virtud, el de la ciencia... La virtud llevará á nuestra alma la paz y la tranquilidad de la conciencia: la ciencia, la paz y la tranquilidad de «la razon» (1). Por consiguiente, diré yo para concluir, la virtud y la ciencia no pueden estar unidas sino aceptando el criterio de la verdad, que es una, como se ha probado en el curso de la disertacion; ella á la vez que ilustre vuestras inteligencias, marcará la senda por donde deben encaminarse vuestras acciones; siguiéndola, conseguireis el aprecio de vuestros compañeros, la estimacion de vuestros maestros y la pública en general, durante la vida y despues el lugar que la historia guarda en sus páginas, para los que se conquistaron un nombre ilustre riñendo los combates de la ciencia. Que no os arredre el trabajo, ni las dificultades, y si el error, disfrazado de verdad, pretendiera sembrar de obstáculos vuestro camino, miradle con el desprecio que se merece, oponiendo á la diversidad de principios que le caracterizan, consecuencia de la falsedad que entraña, el indestructible de uno es Dios, una la Religion, una la ciencia.

—He dicho.

(1). Discurso leído en la solemne apertura de esta Universidad en el curso de 1870 á 1880 por el Dr. D. Fabio de la Haza y Delgado, Catedrático de la Facultad de Derecho.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900246304

BIBL. GENERAL UNIVERSITARIA